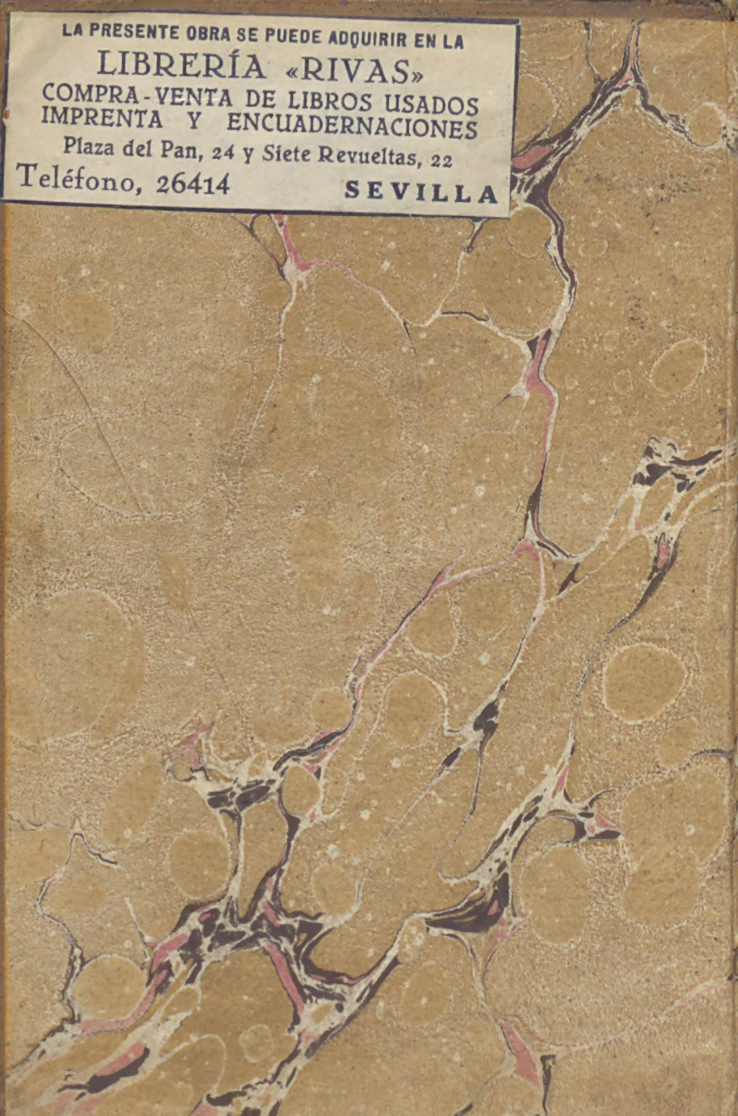



LA PRESENTE OBRA SE PUEDE ADQUIRIR EN LA
LIBRERÍA «RIVAS»
COMPRA-VENTA DE LIBROS USADOS
IMPRENTA Y ENCUADERNACIONES
Plaza del Pan, 24 y Siete Revueltas, 22
Teléfono, 26414 SEVILLA



NUEVA COLECCION

DE NOVELAS

DE DIVERSOS AUTORES,

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.

TOMO DECIMOTERCIO.

Esta coleccion de novelas es propiedad de D. T. Jordan, *y se hallará de venta en su librería, calle de la Concepcion Gerónima.*

CARLOS EL TEMERARIO,

ó

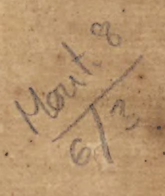
Ana de Geierstein,

HIJA DE LA NIEBLA.

Por Sir Walter Scott.

Alejo Ysnaga y Hernandez.

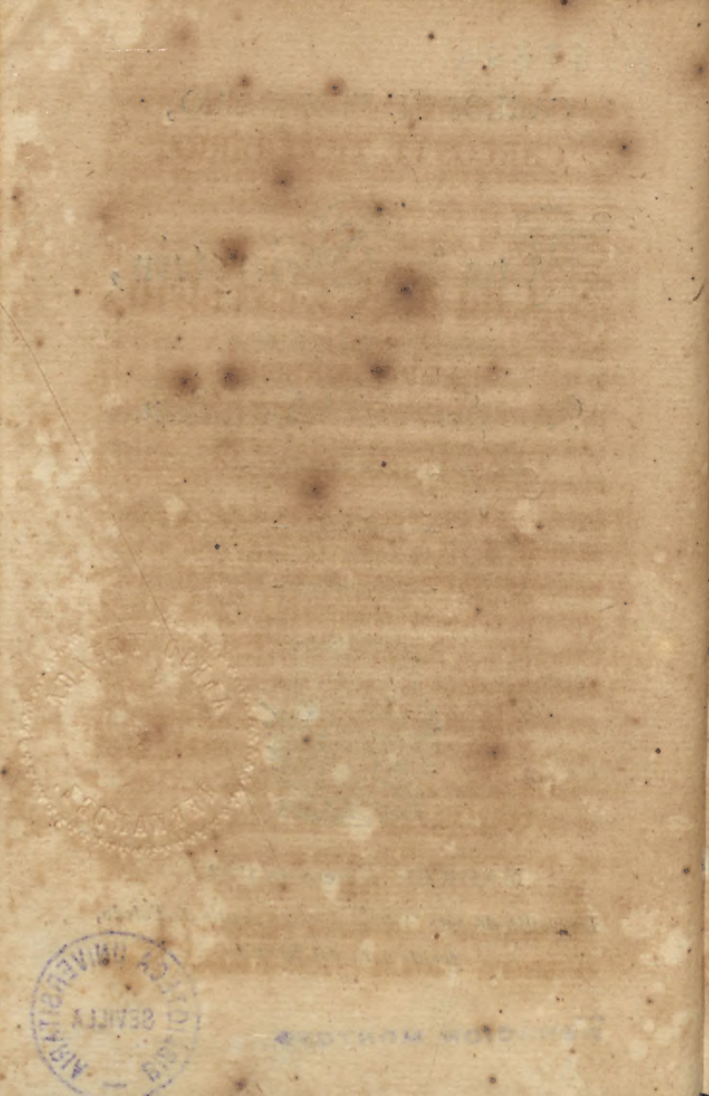
TOMO IV.





MADRID: febrero de 1832.

Imprenta de DON TOMÁS JORDAN, *calle de Toledo, frente á la del Burro.*



CARLOS EL TEMERARIO,

ó

Ana de Geierstein,

HIJA DE LA NIEBLA.

CAPÍTULO PRIMERO.

¡Oh gran naturaleza! ¡Oh madre mia!
Cómo fijando mis absortos ojos
Del Rin en las orillas placenteras:
Del Rin, tu hijo magnífico, me gozo
Mirando por do quier prendas seguras
De tu fecundidad! Allí vé Haroldo,
Variado en mil imágenes campestres
Un divino espectáculo en el todo:
Hojas y frutos, rocas y quebradas,
Campos de trigo de pajizo hermoso,
Vides que entre colinas serpentean,
Y atravesando el prado limpio arroyo:
Castillos solitarios, cuyos muros
El musgo y yedra cubren cuidadosos,
Como para ocultarnos los estragos,
Del tiempo inescusable á nuestros votos.

Lord Biron (*Childe-Harolo.*)

Al dejar á su padre Arthur Philipson, de quien calculaba no estaria mucho tiempo ausente,

solo habia llevado consigo alguna ropa blanca y unas cuantas monedas de oro, lo cual embarcó tambien para aquella corta travesía, dejando todo lo demas para uso de su padre, á quien no dudaba le habia de hacer mas falta aquel equipage, para sostener el carácter de comerciante que representaba. La barquilla, tendida la vela, atravesó ligeramente, y con toda felicidad, el caudaloso Rin, dirigiéndose ácia Kirch-Hoff, que, como hemos dicho ya, se hallaba situada en la orilla opuesta y mas baja que la capilla; de modo que en pocos minutos tocó la orilla derecha, desde donde tuvo tiempo Arthur de ver á su padre bajar de la capilla con dos hombres á caballo; los cuales supuso desde luego Arthur fuesen el guia y algun viagero que la casualidad habia hecho encontrase; pero el lector no habrá olvidado que aquellos dos caballeros eran igualmente desconocidos para el anciano.

Este aumento de compañía no pudo menos de lisonjear á Arthur, quien veía en él la mayor seguridad de su padre, principalmente si el guia premeditaba contra él alguna traicion: en todo caso, se complacia de haber visto á su padre partir con toda seguridad de

un sitio donde podian temer algun riesgo inesperado: fortalecido el jóven con tales ideas, determinó proseguir su viage ácia Estrasburgo, sin detenerse en Kirch-Hoff, mientras se lo permitiese la claridad del dia; en cuyo caso pensaba hacer parada en alguna aldea de las muchas que se hallan en la orilla derecha del Rin. Su ardiente imaginacion le hacia esperar reunirse en breve con su padre; y aun cuando le causase pena su separacion, sin embargo, le consolaba la esperanza de encontrarle sin lesion; asi, despues de haber tomado algun alimento y dado algun descanso á su caballo, prosiguió su camino por la orilla del caudaloso Rin.

Hallábase entonces en el lado mas pintoresco del Rin, cuya ribera estaba amurrallada por decirlo así, con rocas entapizadas de ricas alfombras verdes, matizadas con todos los hermosos colores que presenta la risueña primavera; hallándose otras veces elevadas torres en cuyas almenas ondeaba la bandera señorial; descubriéndose en otra parte pobres cabañas habitadas por colonos escasos de fortuna; pero que no por eso dejaban con su trabajo de constituir la principal riqueza del señor Feudal. Cada arroyuelo que serpenteando por los va-

de una jóven que con trage de aldeana se veía sentada en un viejo tronco cubierto de musgo, que los años sin duda habian hecho caer. El sabueso, cuya obligacion era echar la banda ácia las redes, se asustó algun tanto con la llegada del viagero; de modo que olvidando su oficio, se hubiera puesto indudablemente á ladrar, habiendo de este modo hecho volar á las perdices, si la jóven no se hubiera levantado, la cual con modàles graciosos, acercándose á Philipion, le rogó se alejase algun tanto para no impedirle su diversion.

El inglés, con la mayor urbanidad, la contestó: –Bella jóven, yo no me apartaré tan lejos como vos quisiereis; pero decidme ¿no habrá por aquí cerca alguna casa ó castillo donde un cansado viagero pueda reposar esta noche?

La jóven, cuyas facciones no habia distinguido bien todavía Arthur, parecio verse acometida de un gran deseo de reir: –¿Creeis que en aquel castillo, contestó señalándole las torres de que hemos hablado antes, no ha de haber algun rincon donde pueda descansar un viagero reducido á tal estremo?

--Sin duda alguna que no faltará lugar; pero es menester saber si se puede contar con la

voluntad de los dueños. -Siendo yo una parte considerable de la guarnicion, replicó la joven, yo respondo de que sereis en él bien recibido; pero, segun los términos hostiles que usais con migo, y siguiendo los estilos de los guerreros, es menester que me baje la visera; y diciendo esto, se cubrió el rostro con una mascarilla de las que entonces usaban las mugeres cuando salian al campo; ya con el fin de defender su tez de los rayos del sol, ó ya con el de evitar las miradas demasiado curiosas de los pasageros; pero esto mismo fue causa de que Arthur la mirase con mas cuidado y reconociese en ella á Anita Veilehem, jóven sirvienta de Ana de Geierstein, la cual era muy estimada en casa del Landaunnon. Aquella jóven era festiva, alegre y sencilla, como lo eran entonces las costumbres de la Suiza, y siempre estaba dispuesta á reir y chancearse con cualquiera de la familia; pues en aquellos tiempos no se conocia otra diferencia entre el ama y la criada, sino que la primera era una persona que necesitaba quien la sirviese, y la segunda otra que estaba dispuesta á obedecerla. Esta especie de familiaridad, que hubiera podido ser dañosa en otro cualquier pais mas civilizado, no era de

ningun modo dañosa en los sencillos cantones, donde las relaciones familiares y francas de los jovenes se conservaban siempre inalterables en la senda de la inocencia y del honor: y aun el mismo Arthur habia mirado siempre á Anita con particular atencion.

La vista de la criada le hizo comprender facilmente que no se hallaba lejos de su amada Ana, y que quizás iba á pasar la noche bajo el mismo techo que ella. Muchas veces, despues de haber atravesado el Rin, Arthur habia concebido la esperanza de volver á hallar á Ana de Geierstein; pero tambien le habia asaltado la idea de que tal vez volveria á encontrarla para no volverla á ver jamás; y este pensamiento le abatia estremadamente: entre tanto, y deseoso de saber noticias de aquella, se dirijió á Anita á fin de preguntarla por su ama.

Mientras giraban tales pensamientos en la mente de Arthur, Anita, viendo que el jóven habia dejado caer la red, le dijo que escogiese los dos perdigones mas gordos, y los llevase á la cocina, dando libertad á los demas. Es preciso llevar que cenar, le dijo al inglés, puesto qne hay huesped en casa.

Arthur la dijo que sentiria causar la menor molestia á los habitantes del castillo; pero Anita le contestó de un modo satisfactorio.

-- Mucho sintiera, añadió el viagero causar la menor molestia á vuestra ama.

-- Vaya en gracia, contestó Anita: ni he hablado de amo, ni de señora, y este pobre viagero estraviado cree ya que vá á ser recibido en el tocador de alguna dama.

-- No me habeis dicho, prorumpió Arthur un poco turbado, que sois en el castillo la segunda persona; pues yo creo en ese caso que la primera será tambien de vuestro propio sexo.

-- No me parece justa esa consecuencia.

-- ¿Y cómo se llama ese castillo, cuya guarnicion sin duda será numerosa si han de cubrirse todas sus torres y murallas?

-- Debo confesaros que estamos mal en este punto, y podria decirse mas bien que nos ocultamos, que no que vivimos en ese castillo, cuya principal defensa consiste en los rumores que corren acerca de él, lo cual forma nuestra principal seguridad.

-- Pero sin embargo, os atreveis á habitarle, dijo Arthur, acordándose al mismo tiempo de

lo que Rodulfo le habia contado acerca de los barones de Arnein.

Tal vez conoceremos demasiado bien las causas de semejantes temores para que puedan hacernos impresion, y quizás nos sobran medios para despreciar los riesgos que inspira el temor á los demas; siendo por tanto el mejor asilo que podriamos hallar; y vos tambien, añadió, debeis acogeros al castillo de Arnein, pues el sol ya ha desaparecido de nuestro horizonte, y aun nos quedan muchas millas que andar si habeis de buscar alojamiento seguro. Al decir esto, la jóven se apartó de Arthur, á quien indicó el camino que debia seguir para llegar al castillo, tomando ella con el cazador una senda mas corta, pero escarpada, que conducia al mismo lugar.

En breve llegó el inglés al frente del castillo, que era un edificio mucho mas considerable de lo que él habia supuesto, y segun la descripcion hecha por Rodulfo: su arquitectura indicaba que no habia sido hecho todo en la misma época, pues una parte del edificio era de estilo gótico y otra del llamado morisco, orden de arquitectura mas florido que el que generalmente se sigue en los paises del Norte.

Aquel castillo singular respiraba en general soledad; pero no desolacion, como habia querido decir Rodulfo; pues de ningun modo estaba arruinado, antes al contrario, se notaban en él varios reparos; pues aunque el emperador, cuando le tuvo en su poder, no le puso guarnicion; sin embargo, trató de conservarle en buen estado. Los rumores que corrian en el pais eran causa de que ninguno quisiese pasar la noche en su recinto; pero un oficial encargado le visitaba de cuando en cuando, y cobraba las rentas que producia las posesiones de que estaba rodeado. Este oficial habia cesado hacia algun tiempo en su encargo, desde cuyo tiempo parecia que la baronesa de Arnein habia buscado un asilo en las desiertas torres de aquella propiedad de sus antepasados.

Anita no dió tiempo á Arthur para que examinase mucho el esterior del castillo, ni tampoco para que pudiese enterarse de los emblemas y divisas que se distinguian en varias partes de la muralla, cuyos símbolos de gusto oriental manifestaban el afecto que los fundadores de aquella fortaleza habian tenido á las ciencias del oriente. Apenas habia dirigido el jóven una ojeada al total del edificio,

cuando le llamó Anita desde un ángulo de la ortaleza, en cuya parte habia un tablon que servia de puente para atravesar el foso, que estaba sin agua.

-- ¿Habeis olvidado las lecciones que recibisteis en la Suiza? dijo la jóven, viendo la timidez que manifestaba Arthur al entrar en aquel puente provisional y no muy seguro.

La reflexion de que Ana de Geierstein podria verle, hizo que Arthur cobrase nuevo espíritu, y así pasó sobre la tabla con ligereza y tranquilidad. Luego que entró en el castillo. Anita se quitó la máscara, y le dijo que se alegraba mucho de verle en Alemania, y en casa de unos antiguos amigos, aunque con diversos nombres. -- Ana de Geierstein no existe ya, añadió; pero en su lugar vereis á la baronesa de Arucheim, que se la parece toda; y yo que en los cantones era una simple criada de una jóven sin fortuna, soy ahora la camarera de la baronesa, habiendo tambien ascendido en mi clase.

-- En tal caso, dijo Philipson, gozareis con vuestra ama las consideraciones propias de vuestra clase; así, me hareis favor de manifestar á la baronesa me disimule si no me presento.

convenientemente; pues ignoraba que se hallaba en este lugar.

-- No os dé eso cuidado, contestó Anita riéndose, que yo bien sé lo que he de decir en favor vuestro. No sereis vos el primer pobre mercader que ha sabido granjearse el afecto de una señora de alta gerarquía; pero para conseguirlo no habeis de recurrir á humildes apologías, ni pedir que os disimule, si teneis el atrevimiento de poneros en su presencia. La hablaré de un amor inestinguible, cuya llama no podrian apagar todas las aguas del Rin, y cuya fuerza os ha puesto en la alternativa de venir á este sitio, ó de morir.

-- Pero, ¡Anita, Anita!

-- ¿Qué es eso? ¿estais loco? Abreviad ese nombre, y decid á voces, ¡Ana! ¡Ana! que es mas probable os responda: y diciendo esto, echó á correr aquella jóven aturdida, muy complacida, al parecer, de haber hecho en obsequio de dos amantes lo que hubiera querido ella que hubiesen hecho en su favor, y subiendo precipitadamente una escalerita que conducia al gabinete de su señora, donde apenas llegó, empezó á gritar: Ana de Gei.... quiero decir: señora baronesa, ya han llegado, ya han llegado.

-- ¿Los ingleses? preguntó su ama con la mayor sorpresa.

-- Sí, no: digo que sí, pues ha venido el mejor de ellos; esto es, Arthur.

-- ¿Qué dices, Anita? ¡No viene con su hijo, el señor Philipson?

-- No, ciertamente; ni aun he preguntado por él, pues no era amigo mio, ni de ningun otro, mas que del viejo Landamman: y en verdad que eran buena pareja, cargados siempre de refranes, y llenos sin cesar de inquietudes.

-- ¿Qué necia é inconsiderada eres? No te dije que condugeses aquí á los dos? Y no que traes solo al jóven á un sitio como este tan solitario, ¿qué pensará de mí?

-- ¿Y qué habia yo de hacer? preguntó Anita, siempre con la misma viveza. Le encontré solo; no le habia de dejar que fuese á otra parte, donde tal vez podria ser asesinado, ó robado por los soldados que andan errantes; y no digo nada de la otra cosa que todavía es peor, y que con sus apariciones dá á todos tanto miedo.

-- Calla Anita, calla: no añadas una demencia á tu atolondramiento: pensemos sola-

mente en lo que debemos hacer. Tanto por respeto á nosotras mismas, como á ese jóven, es indispensable que salga inmediatamente del castillo.

-- En este caso, sereis vos la mensagera de semejante cumplimiento.... perdonadme noble baronesa, una orden semejante podrá muy bien convenir á una dama de novela, como yo lo he leido varias veces en los romances de los trobadores; pero estoy cierta de que ni yo, ni otra jóven alguna, franca y sencilla, de los cantones, podria consentir en cumplir semejante encargo, y no debeis olvidar que habeis sido criada en aquellas montañas.

-- ¿Y en qué me halla culpable vuestra franqueza?

-- ¡En qué! Acordaos que si dejé aquel hermoso, aunque agreste pais; si renuncié al aire libre que allí se respira, fue con la condicion de que en todo os habia de decir mi parecer con la misma franqueza que solia usar con vos cuando viviamos con la misma sencillez.

-- Habla, pues, dijo Ana, preparándose á escucharla; pero ten cuidado de no decir cosa alguna que yo no deba oir.

-- Solo os diré lo que mi buen natural y corto entendimiento me dictaren; y si no lo entendeis, debereis culpar á vuestros oidos poco dispuestos á escuchar, no á mi lengua, pronta á decir la verdad. De dos grandes riesgos habeis libertado á ese jóven; uno, cuando se hundió aquella roca en Geierstein, y el otro en este mismo dia, cuando su vida se hallaba amenazada. Es un lindo jóven, bien formado, que habla muy bien, y tiene cuantas gracias pueden cautivar el corazon de una dama. Antes que le vieseis bailabais y os divertiais con nuestros jóvenes suizos, y aun me parece que os hubierais casado con Rodulfo si os hubieran estrechado.

-- ¡Con Rodulfo¡ ¡jamás, Anita!

-- No habléis en términos tan positivos. Mi opinion es, que si él hubiera logrado la aceptacion del tio, no le hubiera faltado algun momento venturoso para reducir á la sobrina; pero luego que conocisteis al jóven ingles, poco faltó para que llegaseis á mostrar odio aun á aquellos jóvenes que poco antes no os desagradaban tanto.

-- ¡Pues bien, pues bien! contestó Ana con enfado, y á ti tambien te aborreceré mas que

á todos ellos si no acabas pronto de hablar.

-- Poco á poco se vá lejos, señora baronesa. Eso prueba que amais á Arthur.

-- ¿Estás loca, Anita, ó te has olvidado de mi clase y merecimiento? ¿Cómo he de amar á un jóven sin nombre ni fortúna: por otra parte seria desobedecer á mi padre recibir obsequios de ninguno sin su consentimiento.

-- ¡ Bellas razones! dijo Anita, á las cuales no me falta que contestar; pero me limitaré á deciros que la mala yerba del orgullo ha empezado á echar raíces en vuestro corazon.

-- ¿ Pero á qué viene todo eso? prorrumpió la baronesa llena de impaciencia.

-- Á una cosa muy sencilla, contestó Anita. Una milla de aquí hay iglesia, y por consiguiente sacerdotes: llamad á vuestro amante, declaradle vuestro pensamiento, y hacedle que diga el suyo: unid vuestros votos, y casaos en paz: como buenos esposos volvereis tranquilamente á Geierstein, donde lo arreglareis todo para la vuelta de vuestro tio. Este es el modo de acabar la historia de una joven baronesa criada en las montañas de la Helvecia.

cual sucedia frecuentemente, no hay duda que manifestaba sumo gusto en verme mostrándome mucho afecto, si yo hubiera estado dispuesta á escucharle....Diciendo esto, Ana apoyó su cabeza entre las manos, como si se dejase llevar del sentimiento, y prosiguió diciendo: si me ama, jamas me lo ha manifestado; y sin duda le impide hacerlo algun grave obstáculo.

—¿Qué obstáculo puede ser ese? replicó Anita. Sin duda será una timidez pueril, ó algunas ideas estravagantes sobre diferencia de nacimiento, ó una escesiva modestia; pero algunas palabras halagüeñas bastarán para animarle; y yo me encargaré de ese cuidado, querida Ana, para evitaros la confusion.

— ¡Por amor de Dios que no hagas tal cosa, Anita! esclamó la jóven baronesa, cuya confidenta, mas bien que criada, era la jóven suiza hacía largo tiempo: ¿cómo puedes saber tú los motivos que tal vez le obligarán á callar? Escúchame: mi primera educacion, y las lecciones de mi buen tio, me han enseñado á conocer algo mas profundamente á los estrangeros; y así, consultándo lo que he visto, he llegado á persuadirme que estos ingleses son de una cla-

se muy superior á la profesion que aparentan ejercer. El padre ès profundo observador. prudente y generoso, y los regalos que hace esceden á la liberalidad que debe suponerse en un comerciante.

-- Es cierto, contestó Anita; y en cuanto á mí, puedo decir que la cadena de plata que me regaló pesa diez coronas (1); y la cruz que añadió Arthur no valdrá menos; segun me han dicho no hay otra igual en todo el canton. ¿Qué resulta de eso? ellos son ricos, tambien lo sois vos; pues tanto mejor.

¡Ah, Anita! no solo son ricos, sino tambien nobles, segun me persuado. He observado en el padre una dignidad que no puede ser comun á la clase que aparenta; y cuando Dounerhugel, ú otro jóven, se chanceaba con Arthur, solo las miradas del anciano podian contener el enojo del irritado jóven.

Los habeis observado muy bien, replicó Anita; pero yo no he puesto tanto cuidado: ¿mas qué importa que Arthur tenga un nombre

---

(1) Moneda de plata del valor de 21 reales y 20 maravedís en Baviera; en Inglaterra vale desde el año 18, 22 reales: (*Manual de Curiosidades*).

distinguido en su pais? ¿no sois vos tambien baronesa de Arnheim? cùyo título no puede menos de facilitar una union, que espero seria feliz: si no lo creyese así, no la aplaudiria yo.

Te creo, querida Veilchen; pero, ¡ah! ¡tú no conoces, ni puedes figurarte la violencia con que oprime la cadena de oro, ó mas bien dorada con que se adorna la nobleza! En todos los paises, el rango obliga á los hombres á ciertos deberes que pueden estorbarles á formar uniones en pais estrangero, privándoles á veces del placer de la eleccion, aun en el suyo propio; siendo de este modo llevados al matrimonio para el cual no se halla dispuesto el corazon, ó que fue contratado por el interes de los parientes cuando los contrayentes estaban en la infancia; pero que el honor y la buena fe no hacen menos obligatorio. ¿Quién sabe si en el sugeto de quien hablamos no mediará una circunstancia semejante? Muchas veces se mezcla en semejantes alianzas la política de las naciones; y si Arthur se hallase en semejante compromiso, se moriria y dejaria morir de pena á cualquiera que fuese, antes que resistirse á cumplir la palabra dada por su padre.

-- Los que contraen tales obligaciones respecto á sus hijos, dijo Anita, deben avergonzarse de semejante conducta; pero dejando esta cuestion, decidme qué hemos de hacer en este caso: si no le recibimos, es preciso dejarle espuesto á los malhechores que infestan las cercanías, y no me parece justo hacerlo así.

-- Dí á William que le sirva, y cuide que nada le falte; pero vale mas que no nos veamos.

-- Es verdad; pero por desgracia ya le he dicho que estabais aquí.

-- ¡Qué imprudencia, Anita! ¿pero cómo he de reprenderte, cuando yo debo echarme en cara misma culpa? yo soy quien ha dado márgen á este caso, ocupando mas de lo que debiera mi imaginacion con las bellas prendas de ese jóven; pero quiero demostrarte que sé hacerme superior á semejante locura. Ve, y prepara la cena, á la cual nos acompañarás, sin apartarte de mí, y verás si sé conducirme segun conviene á una baronesa de Alemania y á una jóven criada en la Suiza. Dame ante todas cosas una luz, pues voy á asearme algun tanto.

Estos discursos tenian admirada á la sencilla Anita, cuyas idéas y costumbres respira-

ban la simplicidad de su pais natal, y aun habia llegado á formar un plan en su favor, y dando por supuesto que los dos amantes aprovecharian aquella ocasion para unirse con lazos indisolubles, en cuyo caso pensaba ella tambien casarse con su fiel Sprenger, quedándose ámbos despues al servicio de los jóvenes esposos; pero siempre obediente, salió sin hablar palabra, para obedecer á su ama, aunque al mismo tiempo iba diciendo entre sí misma: me alegro que mi ama se componga, y voy á volver corriendo para ayudarla á vestir.

CAPITULO II.

,, Dejemos por vida vuestra
,, Los urbanos cumplimientos,
,, Disfraces con que se cubren
,, El interés ó el desprecio.
,, Sentaos, os lo suplico:,,
Mas cuando decis aquesto,
Haceis mayor reverencia
Contradiciéndoos vos mesmo.
El otro en el mismo tono,
Enmelado y lisonjero,
Os responde: ¡Yo señor!
,, ¿Sentarme ante un caballero
,, Cual vos sois?,,. Vayan al diablo
Tan infames fingimientos,
Que ni un mendigo podria,
Si tiene honor, usar de ellos.

ANTIGUA COMEDIA.

Anita Veilchem subió y bajó varias veces las escaleras de la parte habitable del castillo, donde era el alma de todo: su vigilancia nada olvidó, y así entró hasta la caballeriza por ver

si William habia cuidado del caballo de Arthur, corriendo despues á la cocina á ver si estaban asando las dos perdices: sacó de la cueva un par de botellas de vino añejo del Rin; y por último, entró en la sala donde habia dejado Arthur, con el fin de saber qué hacia; habiendole hallado, con suma satisfaccion suya, mas aseado y compuesto que cuando le dejó: Díjole que aunque su ama estaba un poco indispuesta, no tardaria en verla; pues no podia menos de bajar sabiendo que se hallaba allí un amigo tan apreciable.

Arthur se sonrojó, aunque su corazon se llenó de placer; Anita volvió al cuarto de su ama, á quien halló, con no poca sorpresa, vestida con el mismo trage blanco que tenia puesto en Geierstein el dia de la llegada del jóven inglés, cuando creyó encontrarla adornada con algun rico trage de los que poseía. A la sorpresa sucedió la alegría; y así, Anita esclamó: ¡bien hecho! ¡bien hecho! mejor es salirle á recibir como una montañesa cuyo corazon es siempre franco y sencillo.

-- Pero al mismo tiempo, dijo Ana sonriéndose, estando en Arnheim es preciso manifestar de quién soy hija; y así, me ayudarás á

colocar este ramillete en mi peinado: dicho ramillete estaba sostenido por un broche adornado de un magnífico opalo, cuyo brillo deslumbraba, el cual jamás le habia visto Anita.

-- ¡Baronesa la dijo, qué piedra tan hermosa! me parece que es la única cosa que llevais puesta correspondiente á vuestra noble clase.

¡Ay Anita! esclamó la baronesa: esta joya que tanto te admira, ha sido quizás la alhaja mas perjudicial que ha habido en mi familia

-- ¿Y por qué os la poneis, particularmente hoy, replicó Anita?

-- Porque me hace recordar lo que debo á mi padre y á todos mis parientes: ahora Anita, piensa en que has de sentarte á la mesa con nosotros, y no salir del cuarto donde estemos: no empieces á correr acá y acullá como sueles; permanece quieta y sentada, y deja á William que cumpla sus obligaciones.

-- Me agrada, contestó Anita; pues William es hombre de buena voluntad, y dá gusto verle servir: sin embargo, me ha de costar trabajo el estar quieta; pues yo no sé acomodarme á vuestros estilos de corte.

-- Tampoco á m me agradan los cumplimientos y ceremonias: pero me agrada menos

que no haya quien me diga si hago bien ó mal en recibir á ese jóven, aunque ésta será nuestra última entrevista: ¡Si llegase mi padre! ¡Si Ital Schreckenwald volviese!

-- Vuestro padre se halla demasiado ocupado en sus profundos y misteriosos proyectos, contestó la camarera con su natural viveza: ha tomado el vuelo ácia las montañas de Brockeu Berg, donde los hechiceros tienen sus algazaras, y se ocupa ahora en perseguir las fieras con el cazador silvestre.

-- ¡Calla, Anita! ¿cómo te atreves á hablar así de mi padre?

-- Si he de decir la verdad, casi no le conozco, y vos no le conoceis mucho mas; y ¿cómo es posible que sea falso lo que todo el mundo asegura como verdad?

-- ¿Qué dices loca? ¿Qué dice todo el mundo?

-- Que el conde es un brujo; que vuestra abuela fue un duende; y que el viejo Ital es un diablo en carne humana; y en verdad que en este último punto hay mucha realidad.

-- Y á dónde está ahora Ital?

-- A ido á la ciudad, para alojar en ella á los soldados y procurar mantenerlos en orden;

pues están descontentos por no haber recibido la paga que se les prometió.

-- Vamos, Anita, bajemos, que esta noche quizás será la última que pasaremos en muchos años con alguna libertad.

Sería difícil pintar la confusion con que Ana de Geierstein y Arthur Philipson se saludaron. Ni uno ni otro alzaron los ojos, y sus palabras apenas podian oirse: la modestia hizo sonrojar á entrambos amantes, que se encontraban no menos afectados, de amor y sobresalto.

Anita, cuyas costumbres se parecian algo á las de la antigua Arcadia, contemplaba absorta, y aun casi vituperaba aquel modo de saludarse dos personas que se amaban: en fin, despues de un momento de incertidumbre, Ana combidó al inglés á pasar á otra estancia donde se hallaba preparada la cena; y Arthur, con la mayor agitacion, presentó la mano á la baronesa para conducirla á aquel lugar.

Esta etiqueta paró algun tanto á Anita, la cual esperimentó en este caso la verdad de aquellas palabras que dijo un general romano al observar los ritos de los Druidas: los desprecio, esclamó; pero son imponentes.

-- ¿Qué variacion es esta? se decia Anita

así misma. Cuando estaban en Geierstein, hacian como los demas jovenes, bailaban y se divertian francamente; pero ahora miden sus acciones y palabras como pudiera hacerlo el mismo Landamman.

Las circunstancias en que se hallaban los dos jóvenes les obligaban sin la menor duda á guardar la mayor circunspeccion; pues la baronesa juzgaba que debia observar el decoro mas austero para justificarse de haber recibido en su casa á Arthur; y este por su parte se esforzaba en manifestar, con un respeto el mas profundo, que era incapaz de abusar de la bondad que se le manifestaba: sentarónse á la mesa, á una distancia conveniente de Anita, que se colocó en medio de ellos afectando un aire de seriedad y circunspeccion que no la era natural. William con su acostumbrada delicadeza sirvió la cena, que aunque sencilla, no dejó de ser abundante.

Anita infringió muchas veces la etiqueta que se habia propuesto, llegando el caso de hablar tú por tú a los dos jovenes; lo que les sirvió de pretesto para disminuir su agitacion, dando pávulo á una risa, cuyo primer orígen no eran las sandeces de la camarera; aunque

ella así lo creyó; pues cuando se acabó la cena les dijo con desenfado: --Muy bien os habeis divertido á mi costa, porque os he llamado tú y tú como lo haría con cualquiera, y yo he estado bien mortificada con no poder levantarme á coger lo que me hacia falta; pero por mas serios que esteis, no dejaré de deciros que sois dos niños, que no saben lo que quieren, y que haciendo cortesías perdeis el único momento que pudierais hallar para ser felices. No pongais esa cara, ama mia, pues se me representa la escena del monte Pilatos.

- Calla, Anita, la dijo su ama, ó sal del cuarto.

-- Si no os quisiera mas que á mí misma, respondió la obstinada Anita, no solo saldria del cuarto ahora mismo, sino tambien del castillo, donde os dejaria ancha con vuestro amable senescal Ital Schreekenwald.

-- Pues ya que no por amistad, que sea de verguenza: calla Anita, ó marchate de aquí.

-- Ya he dicho cuanto tengo que decir; pero en cuanto á lo que he contado no he hecho mas que seguir lo que todos decian en Geierstein la tarde que se tendió el arco de Buttisholz. Ya sabeis aquella antigua profecia, que dice.. .

¡Por Dios, calla! ó tendré que ausentarme.

!Ah! dijo Anita con voz tímida, como si temiese verdaderamente que su ama se retirase: si habeis de echar á volar, no sé quién podrá seguiros; pues conviene que sepa el señor Arthur que mi ama necesitaba tener por camarera un espíritu foletó mas bien que una doncella de carne y hueso. ¿Querreis creerlo, señor? Hay gentes que dicen que la baronesa desciende de éspiritu aëreos, y que por eso es mas pusilánime que las otras jóvenes.

Ana se alegró mucho de hallar una ocasion para hacer recaer la plática sobre asuntos mas indiferentes, y así contestó á la atolondrada doncella.

-- El señor Arthur creerá tener razones suficientes para concebir las estrañas sospechas á que hace alusion tu estrevagancia, y que algunas gentes de poco juicio, tanto en Suiza como en Alemania, han creido verdaderas; y sino Arthur, decidme que idea formasteis de mí cuando pasé á vuestro lado estando de centinela en Graffs-lust.

El recuerdo de las circunstancias, que de

tal modo le habian sorprendido entonces, produjo tanto efecto en el jóven inglés, que necesitó algun rato para poder responder, y aun lo hizo con palabras inconexas.

— Es verdad que oí decir...esto es, me contó Rodulfo...pero yo nunca he creido cosa alguna que pudiera ofenderos...

— ¡Ah! prorumpió Anita; si es Rodulfo quien os ha informado, bien puede decirse que habreis oido todo lo peor que puede decirse de mi ama. Ese es uno de aquellos que cuando van á comprar géneros hallan siempre defectos en el que mas les gusta, y tratan de despreciarle para quitar la voluntad á los demas. Sí, os habrá contado una hermosa historia de duendes...

- Nada de eso, Anita, dijo Arthur: y por lo que hace á mí jamas he dado crédito á lo que he oido decir como haya sido poco favorable á vuestra ama la baronesa.

— No todo debe negarse, replicó Anita, sin hacer caso de las señas repetidas que hacia su ama para que callase; y aun me parece que no habriais querido entrar en este castillo si hubieses sabido que le habitaba la ninfa del fuego, la salamandra, como llamaban á su abuela; y no

digo nada de la impresion que hubiera causado en vuestra imaginacion la idea de volver á ver la sucesora de la hija del manto rojo.

— ¡Calla, Anita, calla! y ya que la casualidad ha hecho que tengamos esta entrevista, quiero aprovechar la ocasion para desengañar á nuestro amigo de los rumores absurdos que sin duda habrá oido con sorpresa, y tal vez sin darlos crédito.

Señor Arthur, prosigió Ana de Geierstein, es muy cierto que mi abuelo materno, y baron de Arnehim, era un hombre que poseía grandes conocimientos en las ciencias abstractas, y era presidente de un tribunal llamado *Vehmé*. Una noche cierto estrangero, perseguido por los agentes de cierta corte, que sería imprudente nombrar, llegó al palacio de mi abuelo pidiendo le recogiese. El baron, conociendo la clase del recien llegado, accedió á su demanda, prometiéndo que dentro de un año y un dia, cuyo plazo sin duda tenian derecho de exigirle, se presentaria para contestar á los cargos que le hacian á su protegido. Durante este tiempo se entretuvieron juntos en diferentes estudios respectivos á las ciencias naturales, cuyas leyes trataron de averiguar

en cuanto permite la cortedad del entendimiento humano. Al acercarse el dia fatal en que el estrangero debia apartarse de su huésped, aquel pidió permiso al baron para enviar á por su hija, de quien queria despedirse por última vez: en efecto, la jóven fué introducida en el castillo secretamente, donde habiendo pasado algunos dias, y como pareciese incierta la suerte de su padre, propuso el baron que se quedase la jóven en su casa con el fin de instruirse en las lenguas orientales que ella poseía. Danischemend, que así se llamaba el padre, consintió en ello, y partió del castillo para el lugar donde le llamaba su destino; aunque no se sabe lo que fué de él: quizás le salvaria el testimonio del baron, ó tal vez sería entregado al fuego y á la cuerda: ¿pero quién se atreve á hablar de cosas semejantes?

La bella jóven casó con su protector. Mi abuela reunía á un gran número de bellas cualidades alguna falta de prudencia; y así se valió de su traje y modales estrangeros; de su hermosura superior á todas las demas, segun se dice, y de su agilidad sin igual para admirar y aun causar susto á las ignorantes alemanas, que oyéndola hablar en árabe y persa, no ti-

sas; por tanto se ha visto obligado á ocultar todos sus movimientos, y á no dar evidencias sin necesidad: por otra parte, no queria manifestarse al Landamman, y así me hizo advertir, luego que entramos en Alemania, que debia ir á juntarme con él á la primera indicacion que me hiciese; y ésta debia ser un libro de devociones que habia pertenecido á mi pobre madre. En efecto, le hallé en el pabellon con una carta de mi padre, que me indicaba un paso secreto para salir del castillo, aunque parecia estar cerrrada perfectamente aquella salida con gruesas piedras: por allí debia salir para atravesar el puente y salir al bosque donde mi padre me esperaba.

— Ciertamente era una empresa estraña y peligrosa.

— Jamas me he visto tan apurada; pero no me era posible desobedecer, pues me estaba indicado claramente el sitio de la cita. Un paseo á media noche, y en las cercanías de un sitio donde no podia dudar de hallar protectores, no era para mí cosa de importancia; pero las centinelas que se habian colocado á la puerta estorbaban mi proyecto; asi me ví obligada á hacer confianza de algunos de mis

primos, los cuales prometieron dejarme pasar, y volver sin preguntarme cosa alguna, pero exigieron que no digese nada á Segismundo; pues como son de un carácter tan particular quisieron reirse á costa de aquel sencillo y honrado jóven, é insistieron en que habia de pasar muy cerca de él para hacerle creer que era una fantasma: por no esponerme á desagradarlos tuve que acceder á cuanto me dijeron; ademas, me hallaba sobradamente confusa debiendo separarme de mi buen tio á hurtadillas, para pensar en cosa alguna. No os diré la sorpresa que me causó el hallaros de centinela en lugar de Segismundo, ni deseo preguntaros cuálesfueron vuestros pensamientos en aquella ocasion.

— Los de un loco, contestó Arthur; pues si no lo hubiera sido, os hubiera ofrecido mi compañía y defensa.

— No la hubiera aceptado; pues el objeto de mi salida debia quedar oculto por todos conceptos. Ví á mi padre, el cual en virtud de una entrevista que habia tenido con Donnerhugel, habia mudado la resolucion que tenia de llevarme consigo aquella misma noche; sin embargo por la mañana temprano volví á

juntarme con él, habiéndose quedado en mi lugar Anita, que desempeñaba mi papel en la comitiva de la diputacion; pues mi padre no quiso se súpiese cuando, ni con quien, habia dejado á mi tio y su escolta. Me parece que no es necesario deciros que os ví en la prision.

-- Y que me habeis salvado la vida y vuelto la libertad.

-- No me pregunteis porque callo: entonces obraba por mandato de los demas, no por mi propia voluntad; y si favorecieron vuestra huida fue para establecer una comunicacion entre los suizos que estaban fuera de la ciudad y los soldados que habia dentro de ella. Despues que salisteis de la Férette supe por Segismunco qne una partida de salteadores os perseguian á vos y á vuestro padre con el fin de robaros: mi padre me proporcionó los medios para transformarme de simple Ana de Gelerstein en baronesa alemana; al punto partí, y tuve el gusto de daros un consejo, que ha podido seros útil.

-- ¿Pero y mi padre? dijo Arthur.

-- Debemos creer que está seguro; pues no solo yo trataba de protegerle, y principalmente el buen Segismundo: y ahora que os he espli-



... [illegible] dio, y no [illegible] atendamos á mis sentimientos que podrían causar pesar á entrambos.

Alejo [illegible] y Hernandez.

cado todos estos misterios aparentes, Arthur es tiempo de que nos separamos, y para siempre.

-- ¡Qué nos separemos! ¡y para siempre! repitió Arthur con voz afligida.

-- Así lo quiere la suerte: apelo á vuestra misma razon. ¿No es este vuestro deber? pues tambien lo es mio. Mañana al amanecer partireis para Estrasburgo, y.... ya no nos volveremos á ver.

Arthur, arrebatado de un sentimiento que no es fácil pintar, se arrojó precipitado á los pies de Ana de Geierstein, cuya débil voz al pronunciar aquellas últimas palabras, indicaba claramente la agitacion de su pecho. En vano buscó un apoyo en los ojos de Anita, pues esta habia salido del aposento en aquella crítica circunstancia, tardando algunos momentos en volver; lo cual no desagradó enteramente á la baronesa.

-- Alzad del suelo Arthur, alzad, le dijo, y no os abandoneis á unos sentimientos que podian causar pesar á entrambos.

-- Escuchadme, dijo Arthur, antes que os diga á Dios para siempre; pues no se niega hablar á un reo por mala que sea su causa. Soy

caballero, hijo y heredero de un conde, cuyo nombre es bien conocido en Inglaterra, en Francia, y en todas las demas partes donde el valor ofrece renombre...

-- ¡Ah! dijo Ana con voz abatida: ya me sospechaba yo lo que acabais de decir; pero por Dios levantaos del suelo.

-- No lo haré hasta que me hayais oido, contestó Arthur, asiéndola una mano, que temblaba entre las suyas, aunque sin hacer violencia para apartarla. Escuchadme, añadió, con todo el fuego de un amor verdadero que acaba de vencer algun obstáculo: Es evidente que mi padre y yo estamos encargados de una mision muy peligrosa, y de éxito dudoso: en breve sabreis el resultado; y si es favorable, oireis hablar de mí bajo un nombre verdadero; pero si sucumbo, quisiera...mereceré...¿una lágrima de los hermosos ojos de Ana? mas si escapo del riesgo, tendré un caballo, una lanza y una espada, y vos oireis hablar con honor del que os ha protegido tres veces de riesgos eminentes.

-- Pero alzad del suelo, repitió la jóven baronesa, cuyas lágrimas empezaban á correr con abundancia, procurando al mismo tiempo

levantar á su amante. Ya os he oido bastante y escucharos mas séria una demencia completa para uno y otro.

-- Solo me resta una palabra. Mientras que Arthur, viva su corazon no palpitará sino por vos; y mientras que pueda levantar un brazo, estará siempre pronto á perder la vida por defenderos.

En el mismo momento entró Anita precipitada.

-- ¡Salid! ¡salid! gritó; pues Ital vuelve, y creo que trae terribles noticias.

-- Arthur, habiéndose levantado al primer rumor, dijo con bastante serenidad: -Si vuestra ama corre algun riesgo puede al menos contar con un amigo.

Anita, mirando con impaciencia á la baronesa, la dijo: -Señora ¡Schrekenwald el intendente de vuestro padre, su confidente! ¡mirad bien lo que haceis! yo puedo esconder á Arthur en cualquier parte. Pero Ana de Geierstein, que habia recobrado ya toda su calma, contestó.

-- Nada he hecho que pueda ofender á mi padre. Si Schreekeuwald es su intendente tambien es mi vasallo; no necesito ocultar-

le á quien yo recibo. Sentaos, señor Philipson, y que entre ese hombre. Anda, Anita, dile que venga, y que me dé parte de las noticias que trae; pero que se acuerde que está hablando con su señora.

Arthur volvió á sentarse lleno de satisfaccion, viendo que aquella jóven, á quien amaba tiernamente, y que era susceptible de sentimientos los mas dulces, no carecia tampoco de noble intrepidez.

Anita, animada algun tanto con la firmeza que veía en su ama, salió del cuarto dando palmaditas, y diciendo en voz baja: -¡Caramba! bien veo que es bueno ser baronesa, pues si yo lo fuera no tendria tanto miedo á ese hombre tan feroz.

CAPÍTULO III.

No es lo mismo el negocio que tratarse
Debe en secreto, y que camina á oscuras
Y á guisa de fantasma, como el otro
Que al blanco suyo claramente apunta.

SHAKESPEARE.

Aquella pequeña reunion aguardó entonces con arrogancia la llegada del intendente, y Arthur, lisonjeado y animado con la firmeza que Ana habia manifestado cuando la anunciaron la llegada de aquel individuo, se apresuró á reflexionar el papel que debia representar en aquella escena, en la que resolvió no tomar parte activa sino en cuanto viese que podia ser útil ó agradable á Ana de Geierstein. Sentóse, pues, á alguna distancia de ella, y cerca de la mesa donde acababa de disponerse la cena, resuelto á obrar del modo que le indicasen las miradas de Ana; tratando al mismo tiempo de ocultar su inquietud con la apariencia de tranquilidad respetuosa que manifiesta un hombre de clase inferior cuando

se halla en presencia de un personage muy elevado. La baronesa por su parte pareció prepararse á una entrevista de consecuencia, añadiendo á la estraordinaria agitacion que habia manifestado poco hacia un aire de dignidad austéra, que acompañado de una sencilla labor en que se ocupaba daban á entender la tranquilidad y primacía con que aguardaba aquella visita tan temida de su camarera. En esto se oyó el ruido de alguno que subia la escalera con paso precipitado; se abrió la puerta, é Ital Schreckenwald entró en el aposento.

Los pormenores que el Landamman habia referido á Philipson de este sugeto, fueron bastante estensos para que nuestros lectores no hayan podido olvidar el carácter de este hombre, cuya talla alta y buen porte aumentaban su aire marcial, á lo que contribuía no poco su rico trage, semejante al que usaban entonces los hombres esclarecidos en Francia é Inglaterra; llevando la pluma de halcon, que en aquellos tiempos era el principal distintivo de la nobleza, asegurada en la gorra con un rico medallon de oro: una cadena del mismo metal pendia de su cuello, en señal

del puesto que ocupaba en la casa del baron. Ital entró apresurado y poco satisfecho, y dirigiéndose á su jóven ama, la dijo: ¡Qué es esto señorita! ¡estrangeros en el castillo, y á estas horas!

Ana de Geierstein, aunque habia estado mucho tiempo ausente de su patria, no ignoraba la arrogancia de los nobles con sus subalternos, y así le dijo con firmeza: -¿Cómo os atreveis á hablar con altivez á la baronesa de Arnheim en su propio castillo, siendo vos su vasallo? Descubrid vuestra cabeza, y acordaos de quién sois y con quién hablais; y antes de proseguir, pedidme perdon de vuestra falta de cortesía, concedido el cual podreis hablarme en términos convenientes á mi clase.

Al oir esto Ital Schreckenwald, se descubrió, aunque con alguna repugnancia, despues de lo cual, y en tono más humilde dijo: -Perdonad, noble señora, si me he dejado llevar demasiado de mi génio, aunque el caso en que nos hallamos no deja de ser urgente. Los soldados del Rin grave acaban de amotinarse: han desgarrado la bandera de su señor, y han aclamado otra que ellos titulan de san Nicolás, y dicen que van á hacer la guerra á cuantos se

presenten contra ellos. Este castillo será sin duda la primera cosa de que se apoderen, pues dicen quieren tener una plaza fuerte donde guarecerse; por tanto, es preciso que partais de aquí, antes de amanecer. En este momento se están emborrachando á costa de los paisanos, y no hay duda que despues se dormirán; pero en despertando, se dejarán caer indudablemente sobre este castillo, sin hacer el menor caso de su ama, ni menos de las voces que tienen arredrados á los sencillos habitantes acerca de los encantos del castillo de Arnheim.

-- ¿Y qué, no podrá oponérseles resistencia? este lugar es fuerte; y me es muy sensible abandonar así la habitacion que fué de mis padres.

-- Con quinientos hombres bien podria defenderse el castillo; pero sería locura intentarlo con número inferior, y no sé yo si se podrian juntar veinte soldados. Ya sabeis todo el asunto, ahora permitidme que os ruegue despidais á ese estrangero, demasiado jóven segun me parece para ser admitido en casa de una dama como vos: yo le enseñaré el camino mas corto para libertarse; pues en

el caso presente solo debemos pensar en nuestra propia seguridad.

-- ¡Y á dónde pensais ir! preguntó la baronesa con impaciencia.

-- Pienso que vayamos á Estrasburgo, contestó Ital, con toda la escolta que pueda juntar hasta el amanecer: espero que pasaremos sin ser notados por los revoltosos, y en caso de hallar alguna partida nos será facil obligarla á que nos deje pasar libremente.

-- ¡Y por qué preferis el ir á Estrasburgo mas bien que á otro punto! preguntó la baronesa.

-- Porque creo hallar allí al padre de V. E. el noble conde Alberto de Geierstein.

- Muy bien, prosiguió Ana. Señor Philipson me parece que hablabais de ir á Estrasburgo; por tanto si os conviene podreis valeros de esta ocasion para ir protegido con nuestra escolta á incorporaros con vuestro padre.

Fácil es de creer el placer con que Arthur aceptaria una oferta que proporcionaba la ocasion de disfrutar por mas tiempo la compañía de aquella amable jóven, á quien no dudaba podria ser útil durante el camino peligroso que debia emprender.

Ital Schreckenwald quiso hacer algunas objeciones. -- Noble baronesa, dijo con muestras de impaciencia... permitidme, que os haga presente que solo debemos pensar en nosotros mismos: la compañía que llevemos no será mucha, y yo no puedo permitir á ningun estrangero acompañarnos.

-- Si pudiera figurarme que mi presencia habia de causar la menor molestia á esta señora, dijo Arthur, no habria cosa en el mundo, señor caballerizo, que pudiera obligarme á marchar en vuestra compañía; pero yo no soy un niño, de quien debe cuidarse, soy un jóven vigoroso, y dispuesto á sacrificar mi vida por vuestra ama.

-- Enhorabuena que seais valeroso y fuerte, ¿pero sereis fiel?

-- Tal vez no sería prudente desconfiar de mi fidelidad en otro sitio que no fuese este castillo.

Pero Ana les interrumpió, diciendo: puesto que debemos partir tan temprano, será bueno que cada uno procure descansar un rato, sin perjuicio de que nos acostemos con cuidado por si ocurriese alguna cosa. Ital, cuento con vuestro esmero para que coloqueis algunas centine-

las en la muralla; ahora escuchadme atentamente: es mi gusto, y quiero que este estrangero se aloje esta noche en el castillo, y que mañana camine con nosotros: vuestro deber es obedecerme, que yo responderé á mi padre acerca de mis hechos: he conocido á este jóven y á su padre en casa de mi tio el Landamman que los hospedó algun tiempo: durante el camino le llevareis á vuestro lado, y espero tendreis con él todos los miramientos que permita la dureza de vuestro carácter.

Ital se inclinó con respeto, aunque dirigiendo al mismo tiempo á la baronesa una mirada llena de sentimiento, y que sería dificil de pintar, pues queria espresar á un tiempo el enojo y la mortificacion, y un orgullo abatido y sumision violenta. Sin embargo, Ital obedeció, y condujo á Atrhur á otro aposento donde estaba preparada una buena cama, que le sirvió de sumo consuelo despues de las fatigas y agitacion de aquel dia.

A pesar del deseo con que aguardaba el amanecer, nuestro jóven se dejó rendir del sueño, que hubiera sido quizás demasiado largo si la voz de Schreckenwald no le hubiera despertado, diciendo: arriba señor ingles, arri-

Arthur con voz apasionada dijo: hay recuerdos tan tiernos, que son mas gratos á nuestro corazon que cuantos puede ofrecernos el hielo de la muerte.

-- No hablemos de eso, replicó Ana. Toda ilusion debe concluir con la noche, y con la aurora debe despertar sola la razon. Debo tambien deciros, que durante el viage no me hableis jamas, pues si lo hicieseis podriais esponeros á sorpechas desagradables é injuriosas, que tal vez os acarrearian cuestiones y peligros. Á Dios, pues la escolta está pronta á partir.

Diciendo esto, salió la baronesa del cuarto dejando á Arthur sumergido en la mayor afliccion. El modo favorable con que al parecer Ana de Geierstein le habia escuchado la víspera, se convenia tan mal con el tono reservado que manifestaba ahora; pues sin duda el jóven ingles no tenia presente que un corazon noble cuando la sensibilidad ó una pasion le estravían por un momento del sendero de los buenos principios y del deber, se esfuerza en reparar esta falta volviendo á entrar en el momento y siguiendo exactamente despues la línea recta de donde se apartó aunque brevemente.

Arthur dirigió una mirada dolorosa ácia Anita que tan sorprendida como él se habia quedado en el aposento, pero ningun consuelo le proporcionó aquella vista.

-- No puedo entender lo que la ha sucedido, dijo Anita, á mí me manifiesta tanta atencion como siempre; pero al cabo es baronesa y condesa hasta las uñas, y ahora parece que empieza á tiranizar á sus propios sensimientos. Si la grandeza consiste en esto, Anita Veilchen será siempre una simple montañesa sin un cuarto; pues al cabo seré dueña de mi misma, y podré hablar con quien quiera, cuando me dé la gana, con tal que no se resienta la modestia y el decoro. ¡Ah! una sencilla flor campestre colocada entre mis cabellos me parece superior á todas las piedras del Oriente, si semejantes joyas han de servir para nuestro tormento y el de los demas, impidiéndonos decir lo que piensa nuestro corazon. Pero no temais Arthur, que si ella tiene la crueldad de olvidaros, podeis contar con una amiga, que mientras la dure el habla, y á su ama el oido, no ha de cesar de hablarla de vos.

Al decir esto, Anita salió del cuarto, indicando antes á Arthur una galería por donde

llegaria mas pronto á la caballeriza, á donde no tuvo que entrar, pues ya estaban en el patio ensillados los caballos, de los cuales doce estaban cubiertos de armadura, y eran para igual número de soldados que el Senescal habia podido juntar. Otros dos habia mas ricamente enjaezados, que debian ser para Ana y su camarera, y los restantes, hasta el número de veinte que eran todos, estaban destinados para el resto de la comitiva. A la señal convenida todos montaron á caballo, empezando á marchar lentamente y por el orden siguiente: El Senescal marchaba el primero llevando á Arthur á su lado; seguíanlos Ana y su criada cercadas de los demas sirvientes, y dos ó tres soldados, marchaban detras de todos con la cautela necesaria para evitar toda sorpresa. Esta pequeña cabalgata siguió la tortuosa senda que conducia á la ciudad por donde era preciso pasar, pues segun la antigua costumbre feudal, el castillo estaba tan cerca de la ciudad, que al mas leve aviso podian concurrir los feudatarios á la voz de su señor; pero cabalmente era allí donde estaban los soldados sublevados.

Al acercarse la escolta al pueblo, hizo se-

ñas Ital para que se detuviesen, lo que al punto verificaron. Entónces marchó adelante con Arthur para reconocer la entrada. Toda la poblacion descansaba en el mas profundo silencio, y los soldados, que parecian haber sido colocados de centinela, estaban tambien dormidos.

— ¡Viles amotinados! esclamó Ital; ¡que buena guardia hacen y qué bien los despertaria yo, sino fuera porque llevo otro encargo! Estrangero, quedaos aquí mientras yo voy á mandar que siga la escolta, pues no hay riesgo alguno; y diciendo esto el Senescal se apartó de Arthur, que quedó solo entre multitud de bandidos, aunque todos durmiendo, no oyéndose otro ruido que el ladrido de algun perro que parecia queria dispertar á aquellos sublevados. Al cabo de algunos minutos, la cabalgata con el mayor silencio se adelantó guiada por Ital, llevando todos el mayor cuidado en no alarmar á los que dormian; pero cuando llegaron á la salida del pueblo, y aunque el centinela que allí habia, estaba tan borracho como todos los demas, un perrazo que estaba echado á su lado fue mas vigilante que él; y así luego que la escolta se acercó, em-

pezó á dar tales ahullidos, que llegó á despertarse el soldado; el cual tomando su carabina la disparó sin saber por qué, ni contra quién. Desgraciadamente la bala dió al caballo de Arthur, el cual cayendo con el animal se vió acometido por el soldado, que sin duda pensó en hacerle prisionero.

-- ¡Adelante, soldados de Arnhèim! gritó el Senescal: ¡no penseis mas que en la seguridad de vuestra ama!

-- ¡Deteneos! yo os lo mando: ¡socorred al estrangero, ó peligra vuestra vida! prorumpió Ana con voz fuerte, que pudieron oir todos los de la comitiva. No daré un solo paso hasta que esté fuera de peligro.

Ital, que ya habia picado á su caballo, tuvo que volver viendo que Ana no le seguia; y hallando al paso un caballo ensillado le desató, y alargó las riendas á Arthur, que aun se batia con el soldado, el cual viendo que Arthur se le escapaba, trató de nuevo de arrojarse sobre él; pero Philipson le descargó un golpe tan acertado que le hizo caer en tierra. Toda la tropa corrió entonces á galope, pues la alarma se iba haciendo general, y ya se iban juntando los soldados que salian de las casas.

Luego que la comitiva estuvo á alguna distancia, Ital subió á una eminencia para reconocer si el enemigo hacía algun movimiento; pero aunque se notaba en la ciudad la mayor confusion, y se repetian los ecos de las bocinas, sin embargo nadie parecia salir á perseguirlos; visto lo cual Ital prosiguió la marcha con su pequeña tropa por la orilla del rio, aun paso tal, que sin ser acelerado, era bastante largo para ganar terreno.

Despues de dos horas de camino, el Senescal se creyó bastante seguro para poder dar algun descanso á su tropa, y así mandó hacer alto detras de un pequeño bosque, donde tomaron algun alimento caballeros y caballos, pues Ital habia cuidado de llevar consigo provisiones y forrage. Despues de una pequeña plática que tuvo con la baronesa, Ital volvió á encontrar á su compañero, á quien convidó con sus acostumbrados modales á tomar algun bocado, aunque los manjares que llevaba no eran de los mas esquisitos, pero sí tenia un frasco de buen vino.

¡Á vuestra salud, amigo! dijo Ital á Arthur, presentándole un vaso de vino: si algun dia contais con verdad la historia de vuestro

viage, no dejareis de confesar que me he conducido con vos como buen camarada.

-- Jamas lo negaré, contestó Arthur, y os agradezco el socorro que me disteis tan á tiempo, sin meterme en investigar si lo habeis hecho por orden de la baronesa, ó de vuestra propia voluntad.

-- ¡Hola! ¡hola, camarada! esclamó Ital, riéndose; sois muy filósofo, y podriais haber formado esas distinciones cuando caisteis con vuestro caballo, y estuvo para degollaros un soldado. Pues bien, ya que así juzgais, debo deciros que me hubiera importado muy poco el sacrificar veinte desbarbados como vos antes que dejar á la baronesa en el menor riesgo.

-- Es tan justo ese sentimiento que no puedo menos de aprobarle, contestó Philipson, aunque hubierais podido espresarle de nn modo mas político.

Al responder así, Arthur, ofendido del atrevimiento del Senescal alzó un poco la voz; cuya circunstancia fue observada sin duda por la baronesa; pues al punto vino Anita á decirlos de parte de su ama, que hablasen mas bajo ó que callasen, que sería mejor.

– Decid á vuestra ama, contestó Arthur, que por mi parte no hablaré mas.

–– La señora baronesa, continuó Anita, apoyándose en aquel título, que creía tener la virtud de un talisman; la señora baronesa dice que es muy importante el silencio para que estemos seguras; pues sería peligroso atraer la curiosidad de los pasageros mientras descansamos escondidos. La orden de mi ama es que callen vuestras lenguas, y trabajen los dientes, aunque de prisa, hasta que estemos en parage seguro.

–– La baronesa es prudente, dijo Ital, y su doncella tiene ingenio. Beberemos un trago de este vino bueno á la salud de la una, y á la conservacion de la otra. ¿Quieres beber conmigo, Anita?

–– ¡Yo! ¿qué, soy acaso algun tonel como vos? ¿habeis oido alguna vez que una jóven modesta beba fuera de la comida?

–– ¡Pues bien! tampoco disfrutarás de las inspiraciones generosas que comunica el suave licor: conténtate pues con alimentar tu genio satírico con zumo de limon, ó con suero, que yo al vino me atengo.

Despues de un rato de descanso, la pequeña

comitiva volvió á ponerse en marcha; y lo hizo con tanta celeridad que mucho antes del mediodia llegaron á la pequeña ciudad de Kehl, plaza fuerte, situada enfrente de Estrasburgo, sobre la orilla derecha del Rin.

Dejemos á los anticuarios el cuidado de averiguar si nuestros viageros atravesaron el rio para pasar desde Kehl á Estrasburgo por el célebre puente de barcas que sirve hoy de comunicacion entre ambas orillas, ó si pasaron el Rin de cualquier otro modo; lo cierto es que hicieron la travesía con toda felicidad.

Luego que hubieron pasado á la otra orilla, la baronesa, ya por que temiese que Arthur habia de olvidar las instrucciones que le habia dado acerca de su separacion en aquel sitio, ó sea porque quisiere hablarle todavía antes de separarse; lo cierto es que acercándose al inglés le dijo: -- Ahora jóven estrangero debemos despedirnos, pero antes quisiera saber cómo hallareis á vuestro padre.

-- Me dijo, contestó Arthur con voz turbada, que debia buscarle en la fonda del Ciervo-Alado; pero no sé hácia qué parte de esta gran ciudad cae esa fonda.

¿Lo sabeis vos? preguntó la baronesa á Ital.

-- Yo no señora. No conozco á Estrasburgo, ni menos sus posadas, y me parece que ninguno de la comitiva sabe mas que yo en este punto.

-- A lo menos, contestó la baronesa con sequedad, hablais aleman como sus habitantes, y os será mas fácil tomar señas que á un estrangero; por tanto, encargáos de conducir á este jóven, pues la humanidad es un deber.

Ital, aunque no muy satisfecho de aquel encargo, se apartó de los demas para hacer algunas preguntas á las gentes de la poblacion: aunque la ausencia fué corta, bastó para que Ana de Geierstein tuviese tiempo de acercarse á Arthur, á quien dijo con la mayor ternura, alargándole al mismo tiempo un papelillo envuelto: ¡á Dios! ¡á Dios! recibid esta prenda de mi amistad, y llevadla siempre con vos, por amor mio: ¡ojalá seais feliz!

El jóven inglés quiso darla gracias; pero su turbacion y la llegada de Ital se lo impidieron, y Ana con prontitud se apartó de ellos.

-- Vamos, seguidme; ya he hallado el lugar de vuestra cita, y tengo gana de concluir mi encargo: diciendo esto, echó á andar, siguiéndole Arthur con el mayor silencio.

– Allí es la fonda del Ciervo-Alado, dijo el Senescal cuando hubieron llegado á una calle ancha que atravesaba aquella por donde habian entrado; ya veis la muestra, que es bien grande, añadió, señalándole una bandera muy grande que pendia de un palo: me parece que con tales señas poco tendreis que dudar; y diciendo esto, sin mas cumplimiento ni saludo, volvió la rienda á su caballo para irse á incorporar con su ama y la comitiva.

Arthur quedó inmóvil por un rato; pero la memoria de su padre vino á sacarle de aquel abatimiento, y así se dió prisa á llegar á la fonda.

CAPITULO IV.

Cuando gozaban mis años.
De plácida primavera,
Es verdad, doró mis sienes
La corona de Inglaterra;
Pero ahora que encorvada
Mi frente al polvo se llega,
No se ofrece á vos ceñida
De la banda del que reina.
El destino ha sancionado
Contra mí su ley severa,
Y yo debo resignado,
Soportar mi suerte adversa.

SHAKSPEARE.

No era mucho mejor el trato que se daba á los viageros en la fonda del Ciervo-Alado que la que hallaban en casa del posadero Mens y en todas las demas posadas de la Alemania en aquella época; sin embargo, la juventud y be-

lla presencia de Arthur, cualidades que siempre ejercen su influjo en las personas del bello sexo, hicieron bastante impresion en una muchacha de ojuelos picarescos que habia en aquella fonda, y que, segun supo despues el inglés, era la hija del fondista, hombre anciano y cachazudo que ostentaba su rango ocupando una antigua silla en la sala comun ó *Stubé*. Manifestó aquella jóven una condescendencia particular, en términos que poco faltó para que se rompiese una pierna por atravesar corriendo un patio no muy limpio para enseñarle la caballeriza; pero Arhur, acordándose solo de su padre, no cuidó mas que de preguntar si habia llegado algun pasagero con tales y tales señas. La muchacha le contestó que el dia antes habia llegado un anciano con aquellas señas, y que habia dicho que esperaba á un jóven que era su compañero de viage.

Voy á hacer que venga, señor, prosiguió la jóven, y al punto desapareció.

Efectivamente, al cabo de pocos minutos entró Philipson en la caballeriza donde acababa Arthur de dejar su caballo.

No nos detendremos en pintar la alegria de ambos viageros cuando tuvieron el gusto de

verse; pues cuanto mayores son los riesgos que afligen al corazon, tanto mayor es la alegria que le ocupa cuando se vé libre de ellos, máxime si se halla en compañía de la persona que ama: pero sí diremos que Philipson, cediendo á su natural austero, estrechó repetidas veces en sus brazos al hijo querido que tanto temia no volver á hallar.

Arthur sacando entonces la caja con la preciosa alhaja, se la entregó á su padre, diciéndole al mismo tiempo:--Desde que nos separamos ha corrido esta joya, del mismo modo que yo, algunos riesgos. La última noche la he pasado en un castillo, donde fuí recibido con cariño; pero habiéndose sublevado una partida de infanteria de aquellas inmediaciones, los habitantes del castillo se han visto obligados á huir saliendo yo con ellos, pues traían el mismo camino: ya nos contábamos libres de aquellos amotinados, cuando uno de ellos hizo fuego sobre mí, matándome el caballo, y gracias que pude coger ese matalon, en el cual he venido hasta aquí.

-- Hijo mio, contestó Philipson, los caminos de la vida siempre están sembrados de escollos: el riesgo á que he estado espuesto no ha sido

menor que el tuyo; aunque de una naturaleza muy diferente, y en la misma posada donde pasé la última noche, pero gracias á Dios, salí bien de él, y hê llegado aquí sin accidente particular; por último, he conseguido una escolta que debe acompañarme al campo del duque, cerca de Dijon, y espero hablarle esta tarde. Si nuestra esperanza sale vana, iremos á Marsella, donde nos embarcaremos para la isla de Candía, ó la de Rodas, y espondremos nuestra vida por la defensa del cristianismo, ya que no podamos combatir por nuestra patria.

Semejante á un reo que acaba de oir su sentencia de muerte, así quedó Arthut inmóvil y turbado.

Philipson, siempre piadoso y sin olvidar que todos los favores que el hombre recibe vienen de la mano del Omnipotente, quiso ir á la catedral en compañía de su hijo para dar gracias al Todo Poderoso por la señalada proteccion que les habia dispensado. A la puerta de la iglesia encontraron nuesrros viageros no pocos pobres que procuraron socorrer con algunas monedas de cobre; pero habiéndose presentado delante de Philipson una muger que escedia en talla á todas las demas, y cuyo ade-

man suplicante interesaba mas que el de los otros pobres, la alargó el inglés una moneda de plata; de lo que pareció quedar no poco admirada.

Los dos viageros sin detenerse mas, entraron en la iglesia, y se dirigieron á hacer oracion: entrando á poco rato tambien aquella muger á quien habian socorrido, la cual manifestaba la mas tierna devocion. Concluida su oracion, los dos ingleses salieron del templo siguiéndolos la misma muger, la cual acercándose á ellos cuando hubieron salido á la calle, les dijo: - Suerte es sin duda desgraciada la que obliga á los hombres como vos á andar vagando para conservar su existencia; pero ¿qué son vuestras pérdidas comparadas con las mias? y diciendo esto llevó la mano á su frente como una persona que se halla acometida de los mas tristes recuerdos.

Arthur, acercándose entonces á su padre, le preguntó con el mayor interés: - padre mio, ¿quién será esta muger? ¿Si será mi madre? -- No, hijo mio, contestó Philipson, y te ruego por lo que mas quieres que no me hagas otra pregunta.

Aunque los dos ingleses habian hablado en

voz baja, sin embargo aquella muger singular dió muestras de haberlos oido; pues dirigiéndose al jóven, le dijo: -Soy, aunque mejor fuera decir, he sido vuestra madre; la madre y protectora de cuanto era noble y apreciable en Inglaterra; sí: soy Margarita de Anjou.

Arthur, cuyo corazon generoso habia sido alimentado con los sentimientos de una entera decision ácia la casa de Lancastre, entonces destronada, y de la cual habia sido su padre el mas decidido apoyó, se arrojó á los pies de la viuda varonil de Enrique VI, la cual por tanto tiempo, y en circunstancias tan desesperadas, habia sabido sostener con su valor denodado y política profunda el trono vacilante de su débil esposo; y que si es cierto que algunas veces habia abusado de la victoria entregándose á la cruel venganza, no lo es menos que aquella muger singular, habia en parte expiado su falta por la resolucion y firmeza con que habia superado las terribles tormentas de la adversidad. El jóven inglés, descubierta la cabeza y postrado en tierra, espresaba con la mayor vehemencia los tiernos afectos de respeto y amor que profesaba á su desgraciada soberana.

Margarita, levántandose el velo que cubria su rostro, descubrió sus nobles facciones, que aun conservaban algun resto de aquella hermosura, que habia sido tenida por la mayor de toda la Europa: su frente conservaba aun alguna parte de su noble fiereza, y los ojos, aunque convertidos en abundantes raudales de pena y sentimiento, despedian algunos destellos de su antiguo fuego; la dilatada cadena de infortunios y esperanzas engañosas que habia oprimido hasta entonces el corazon de la desgraciada reina, habia helado su viveza natural; pero conmovida ahora al ver el entusiasmo de tan bello jóven, se reanimó algun tanto su natural abatido, y tendió la mano á Arthur, asiéndole con la otra afectuosamente para que se alzase del suelo.

-- ¡Bello jóven! le dijo Margarita; ¿con que tú eres el último vástago del noble tronco que tantas ramas ha perdido por nuestra causa desgraciada? ¡Ah! ¿qué puedo yo hacer por tí? Margarita nada puede, y su suerte es tan cruel, que ni aun se atreve á desearte la felicidad por temor de verte desgraciado. ¡Yo he sido la fatal planta que ha emponzoñado con su influencia las bellas flores que crecian á

mi alrededor! ¡Yo he sido la causa, de la muerte de mis amigos, y sin embargo parece que la misma muerte respeta mis dias!

-- Noble soberana, dijo Philipson; no se desanime vuestro noble corazon que ha sabido soportar tantos pesares, ahora que ya hân pasado, y cuando al menos nos queda la esperanza de que llegará un tiempo mas feliz para vos y para toda la inglaterra.

-- ¡Para la Inglaterra! ¡para mí! ¡noble Oxford! dijo la desconsolada reina: aun cuando la luz del ástro luminoso pudiera verme mañana sentada en el trono de Inglaterra, ¿quién podria devolverme lo que he perdido? no hablo de la riqueza, ni del poder; pues no forman contrapeso en mi balanza; tampoco hablo de aquel sin número de amigos fieles que han perecido por mi defensa y la de mi casa; los Somersets, los Percijs, los Staffords, los Ceiffords, todos estos ocupan un lugar distinguido en los anales de su patria: tampoco hablaré de mi esposo, el cual piadosamente creyendo no hizo mas que cambiar de destino, trocando los infinitos sufrimientos que pasó en esta vida por la inmutable tranquilidad que está prometida á la virtud; pero, ¡oh Oxford! mi hijo,

mi querido Eduardo! ¿cómo puedo yo mirar á este jóven sin acordarme de que él y mi Eduardo nacieron en una misma noche? Vuestra esposa y yo los criamos desde luego con el mayor esmero, procurando preveer su futura suerte, persuadiéndonos que la misma constelacion que habia presidido su nacimiento seria causa de que creciesen con iguales ventajas hasta tanto que pudiesen llegar á recoger una abundante cosecha de honor y de felicidad. Pero ¡Ah! tu Arthur vive; mas mi Eduardo, aunque nació bajo los mismos auspiacios, reposa bajo un mármol frio teñido de sangre

Diciendo esto la desventurada Margarita, se cubrió el rostro, como si intentára ahogar los ardientes suspiros que arrancaban de su pecho y corazon materno los amargos recuerdos de sus fatales desgracias.

Philipson, ó sea el conde de Oxford, que así podemos llamarle ya, caballero distinguido en un tiempo en que se habian visto tantas personas nobles cambiar de partido; desterrado ahora por su constante adhesion á la casa de Lancastre, conoció lo imprudente que seria el dejar á su soberana confundida en el abatimiento.

-- Señora, la dijo, el viage de la vida puede compararse con los dias cortos del invierno, cuya escasa duracion debemos aprovechar, pues de todos modos se ha de terminar en breve; ademas, vos habeis tenido siempre bastante presencia de animo, que no debe ahora abandonaros, para que la memoria de las penas pasadas os impidan sacar partido de lo presente. He venido aquí por obedeceros: antes de mucho espero ver al duque de Borgoña, el cual si se prestase á las ideas que tratamos de inspirarle, podria hacer que sucediesen acontecimientos que cambiarian en gozo nuestra tristeza actual; pero es preciso aprovechar la ocasion con esmero y prontitud. Decidme, señora, de qué modo habeis llegado disfrazada á este lugar á riesgo de infinitos peligros. Ciertamente no habrá sido para llorar á la vista de este jóven para lo que la reina Margarita, oculta bajo ese aspecto miserable, ha dejado la corte de su padre y el asilo de su seguridad, para venir á un pais donde no puede menos de correr riesgos, cuando el peligro no la cerque.

-- ¿Os burlais de mí, Oxford? contestó la desventurada reina: sí, os engañais á vos mis-

mo, si creeis que estais viendo aquella Margarita que no pronunciaba una sola palabra sin razon para ello, y cuyas menores acciones tenian siempre un motivo determinado. ¡Ah!, ya no soy aquella muger singular dotada de razon y de firmeza. La amargura del pesar me obliga á que odie el lugar donde me encuentro, y me arroja, por decirlo así, ácia otro con una impaciencia irresistible. Direis que estaba segura en la corte de mi padre, ¿pero semejante vida es soportable para un alma como la mia? Una muger que ha sido privada del reino mas rico y generoso de la Europa, que ha visto perecer numerosas huestes de amigos fieles, que es esposa y madre, sin marido é hijos, y sobre la cual el cielo ha derramado la copa de la amargura, ¿podrá sujetarse á vivir en compañía de un débil anciano, que halla su consuelo en el sonido de una harpa, ó en la cadencia de unos versos?

— Si me permitis, señora, contestó Oxford, antes que de vituperio es digno de envidiarse un espíritu simple que, semejante al del buen rey René, vuestro padre sabo encontrar motivos de consuelo en donde los espíritus fuertes, como el vuestro, no hallan sino abatimiento.

Las discusiones que se suscitan entre sus trobadores, tienen para él tanto valor como las justas de los nobles caballeros; y una corona tejida de flores le parece de tanto precio como las diademas de Nápoles y de las dos Sicilias, cuyos títulos solamente posee.

— ¡Desgraciado anciano, víctima de sus mas crueles enemigos! Te digo Oxford que estaba cansada de residir en Aix, cercada de una miserable corte compuesta de músicos y trobadores, cuyos afectados cumplimientos cansan, en lugar de agradar; pues el ceremonial de una corte no infunde respeto si no manifiesta riqueza é indica el poder. Mi corazon se disgusta del vano oropel cuando ha desaparecido todo lo que era noble y rico. No, Oxford: si la fortuna quiere que pierda mi última esperanza, me retiraré á concluir mis dias en la mas remota sierra, y preferiré las sombras de la soledad al vano resplandor de la afectacion y de la vanidad; pero dejemos esto, y hablemos de cosas mas importantes. Decidme Oxford, ¿qué noticias teneis de Italia? ¿Nos ayudará el duque de Milan cou sus consejos ó con sus tesoros?

— Sus consejos, señora, nos los dará de muy

buena gana, aunque no sé si os agradarán; pues nos recomienda la sumision á nuestra desgraciada suerte.

-- ¡Hombre engañador! prorumpió Margarita: ¿qué, Galéas no adelantará alguna parte de los muchos tesoros que ha amontonado? ¿No ayudará á una amiga á quien tantas veces ha jurado asistir?

-- Los diamantes que he prometido entregarle no han sido suficiente estímulo para que se determinase á entregarnos las cantidades necesarias para llevar á cabo nuestra empresa; sin embargo, nos ha dicho que si el duque Cárlos pensaba seriamente en hacer algun esfuerzo en nuestro favor, siendo tanta la consideracion que tenia con tan respetable príncipe, y era tan viva la sensacion que le hacian las desgracias de vuestra magestad, que veria de adelantaros aquella cantidad que le permitiesen lo escaso de sus rentas.

-- ¡Hipócrita! dijo la reyna: ¡con qué si el auxilio del duque de Borgoña nos ofrece la probalidad de volver á ganar lo que es nuestro, nos adelantará entonces algun dinero para que olvidemos en nuestra renaciente prosperidad la indiferencia con que ha presenciado nuestra

desgracia! Pero hablemos del duque de Borgoña. Me he arriesgado á venir aquí para deciros lo que sé, y para que vos me digais el resultado de vuestros procedimientos. No tengais miedo, pues hay personas de confianza que velan sobre nuestra seguridad, y sola mi impaciencia por veros ha dado orígen al disfraz en que me hallais; pero no lejos de aquí está mi pequeña comitiva. Mi fiel criado Lamberto ha cuidado de avisarme vuestro arribo, y yo vengo para que me descubrais vuestros temores y esperanzas, que yo os daré parte de las mias.

-- Señora, aun no he visto al duque; ya cococeis su carácter; es voluntarioso, altivo y ostinado: si podemos hacer que adopte la política sosegada y firme que exigen las circunstancias, no dudo que obtendrá una completa satisfaccion de Luis, su enemigo declarado, y aun de Eduardo, su ambicioso cuñado; pero si se deja llevar de su cólera, quizás se comprometerá con los suizos, nacion pobre, pero valerosa, y se hallará empeñado en una lucha peligrosa, en la cual no debe conseguir la menor ventaja; antes sí podrá esponerse á serias consecuencias.

Ciertamente que no se fiará del usurpador Eduardo aun cuando éste diese la mayor prueba de traicion.

-- ¡No os comprendo señora!

-- ¡Qué decis Milor! Soy yo acaso la primera en haceros saber que Eduardo de York, ha atravesado el mar con una armada tan respetable, cual no pudo jamás juntarla mi suegro el ilustre Enrique V.

-- He oido decir que semejante suceso se esperaba, y me parecia que su resultado sería fatal á nuestra causa.

-- Sí: Eduardo ha llegado. Aquel usurpador ha desafiado al rey Luis, haciéndole decir que le entregase la corona de Francia como que le pertenecia de derecho, y la cual fué colocada en las sienes de mi desgraciado esposo cuando aun estaba en la infancia.

¡Luego está decidido el asunto! ¡Los ingleses están en Francia! dijo el conde de Oxford con el mayor sobresalto. ¿Y á quiénes trae Eduardo consigo para esta espedicion?

-- A los mas crueles enemigos de nuestra familia y causa.

-- Voy á preguntaros, prosiguió Oxford, una cosa que me hace temblar. ¿Se prepara el du-

que de Borgoña para juntarse á ellos en semejante guerra haciendo causa comun con ese ejército de la casa de Yorkc para ir contra el rey de Francia?

-- Segun los avisos particulares que he recibido por buen conducto, y que la voz pública los confirma: no, amigo Oxford, no.

- ¡Mucho me alegro! Eduardo de York, pues debe hacerse justicia, aunque sea al enemigo: es un general astuto é intrépido; pero no es este aquel Eduardo III, ni tampoco el príncipe negro héroe afamado; ni es aquel Enrique V de Lancraste, á cuyas órdenes gané mis espuelas, y á cuyo linage solo su memoria me hubiera hecho afecto, aun cuando mi corazon hubiera sido capaz de la menor traicion. No hay duda alguna que Luis, aunque no puede llamarse un héroe, es un general prudente y diestro, y por tanto mas temible en este siglo político que Carlomagno con todos sus paladinos; y así si Eduardo hace la guerra sin el auxilio de la Borgoña, con el cual ha contado, bien podrá suceder que teniendo nosotros mil lanzas de Henao y veinte mil escudos de Borgoña, pierda Eduardo la Inglaterra cuando piense en recobrar la Normandía y la Guyena.

¿Pero qué hace ahora el duque de Borgoña?

-- Está amenazando á la Alemania, contestó Margarita; y sus tropas recorren la Lorena, cuyas ciudades principales y plazas fuertes ocupan.

-- ¿A dónde se halla Ferrando de Vaudemont? jóven emprendedor y valeroso, que dicen reclama la Lorena por corresponderle, segun él, por su madre Yolanda de Anjou, hermana de vuestra magestad.

-- Se ha refugiado en Alemania, ó en Suiza.

-- Que se guarde de él el duque; pues si aquel jóven llegase á hacerse aliados en Alemania, y lograse la amistad de los suizos, Cárlos podria encontrar en él uno de sus mas crueles enemigos. En la fuerza del duque consiste la nuestra ahora; y ¡ay de nuestras esperanzas si la gastase en vanos esfuerzos! Mis amigos en Inglaterra están resueltos á no moverse sino se les envian de Borgoña hombres y dinero.

Despues de otras varias digresiones en que Margarita y Oxford se entretuvieron largo rato, dijo aquella: no nos detengamos mas aquí: partireis para Dijon, y yo me dirigiré á Aix, don-

de mis inquietudes y pesares serán mi compañía; y al decir esto, sacó la reina del pecho una cadena de oro que tenia pendiente un crucifijo del mismo metal, y se la echó al cuello al jóven Arthur, separándose en seguida de los dos ingleses.

El conde de Oxford y su hijo, cuyos corazones habian sido tiernamente conmovidos en aquella entrevista, se retiraron á su posada, donde hallaron á un jóven de la comitiva del duque de Borgoña que les dijo estaba encargado de protegerlos y escoltarlos si eran los ingleses que traían géneros preciosos para el duque Carlos; pero los varios obstáculos que se presentaron á nuestros viageros fueron causa de que no pudiesen llegar al campo del príncipe hasta el tercer dia.

CAPÍTULO V.

„Así habló el duque.„

SHAKSPEARE.

El mas anciano de los dos viageros, aunque acostumbrado al lujo y la magnificencia, quedó asombrado viendo el aspecto rico y formidable que presentaba el campo de los borgoñeses, en el cual, y bajó los muros de Dijon, habia juntado el duque Cárlos, príncipe el mas rico entonces de la Europa, toda la pompa y grandeza que podia hallarse esparcida entre todos los demas soberanos, con cuya ostentacion había animado hasta aquel tiempo á todos los que servian bajo sus banderas. Las tiendas de los oficiales subalternos eran de seda, y las de los gefes principales deslumbraban los ojos del observador con ricas telas tegidas de oro y plata y otras telas preciosas, no faltando tampoco en ellas ricas alfombras y hermosos tapices.

Las tropas de infantería y caballería quedaban la guardia á la tienda del duque brillaban como astros luminosos á los rayos del sol; tal era la hermosura y limpieza de sus armaduras: la artillería, que era mucha, formaba un largo parque á la entrada del campo, en el cual reinaba el orden, la actividad y el aseo. Philipson, pues este es el nombre bajo el cual conocen mas nuestros lectores al conde, conoció al punto al gefe de aquel tren, el cual era un inglés llamado Enrique Colvin, hombre que aunque de inferior nacimiento, se habia hecho célebre por su destreza en el manejo de las piezas de artillería, tan temidas y usadas en aquel tiempo, aunque hacia poco que su uso se habia generalizado. Ondeaban en todas direcciones las banderas y pendones de los nobles y barones, insignias bajo las cuales habian reunido sus vasallos, y que ellos tenian colocadas al frente de sus tiendas, á cuyas entradas se veían varios guerreros, casi armados del todo, unos sentados y otros animando á los soldados, que se divertian en varios juegos de agilidad y de fuerza. Habia amarrados á los piquetes hermosos y fuertes caballos, cuya inquietud manifestaba su brio, y el tormento

que les causaba la inaccion en que los tenian sus ginetes, descuidando al mismo tiempo el abundante forrage que habia delante de ellos. Los soldados se divertian de varios modos, y algunos bailaban y cantaban, acompañándolos con sus instrumentos algunos trobadores que recorrian el campo: otros, mas impacientes ó reflexivos, se paseaban con los brazos cruzados mirando al horizonte como para ver cuándo se ponia el sol, y se concluía aquel dia, que se habia pasado en la ociosidad.

En fin, despues de haber atravesado aquella escena tan variada, llegaron nuestros dos ingleses al frente del pabellon del duque, en el cual flotaba magestuosamente la rica bandera de aquel celebrado príncipe, duque de seis provincias, y señor de quince condados, quien segun su poder, carácter y sucesos militares, era entonces el terror de toda la Europa.

El criado del duque que acompañaba á los ingleses se dió á conocer de la guardia, y los estrangeros fueron recibidos con atencion. Condújoseles en seguida á una cercana tienda correspondiente á la clase de general, la cual se les señaló por alojamiento, y en la misma fue colocado su equipage, sirviéndoseles refrescos.

Como en este campamento hay tantos soldados, y de diferentes naciones, de quienes seria imprudente tener una entera confianza, les dijo el criado que les servia: ha dispuesto el duque que se situe un centinela á la puerta de la tienda con el fin de asegurar vuestras mercancias; pero estad prontos á comparecer delante de su alteza, pues es creible que no tardará en llamaros.

En efecto, á poco rato fue llamado Philipson á la presencia del duque, habiéndole hecho entrar en aquella parte del pabellon de Cárlos, que formaba su retrete: la sencillez del adorno de aquella pequeña estancia formaba un singular contraste con la riqueza esterior de la tienda; pues Cárlos, por una singularidad de su carácter, al paso que ostentaba grandeza, solía en campaña ser casi mezquino en su vida privada, aunque no obstante se escedia á sí mismo cuando queria adornarse con la pompa de la magestad: veíanse indistintamente mezclados objetos de ningun valor con las mas preciosas joyas: aquí habia un sombrero viejo, allí otro muy rico y adornado de diamantes: estaban, por decirlo así, tirados sobre una mesa los tres preciosos rubíes conocidos

con el nombre de los tres hermanos de Amberes, el grueso diamante Saná, y el conocido por la lámpara de Flandes. Esta mezcla de cosas de tan distinto valor manifestaba en cierto modo el raro carácter del duque, que juntaba á una estricta justicia una crueldad implacable; confundiéndose al mismo tiempo en él la prodigalidad y la economía, la liberalidad y la avaricia: en una palabra, Cárlos no era consecuente sino es en su ostinacion, con la cual, una vez formado su plan, habia de seguirle por grandes que fuesen los inconvenientes.

Cárlos se dejó ver al momento, diciendo al inglés en alta voz: -¡Bien venido seais, Herr Philipson! ¡Bien venido seais, natural de un pais donde son príncipes los comerciantes, y los tenderos grandes señores! ¿Qué nuevos géneros traeis?

-- Señor, contestó el inglés; no traigo mas géneros que los que hice ver á vuestra alteza la última vez que tuve el honor de veros; y ahora vuelvo á presentaros los mismos objetos con la esperanza de que tal vez os serán mas agradables que la vez primera.

- ¡Muy bien! señor....Muy bien! ¡oh! sois un

comerciante muy simple, ó creeis que yo soy tonto, si pensais que unos géneros que yo he desechado una vez puedan tentar mi deseo ahora: la novedad es el alma del comercio, y si es cierto que vuestros géneros de Lancastre han tenido su época, y yo los he comprado pagándolos sin duda bien caros, ahora los de York son los que se usan.

-- Eso podrá ser para el vulgo; pero no será así con almas generosas como la vuestra, para quienes la lealtad y la buena fé son joyas que de ningun modo pueden admitir variacion.

-- Si he de decir la verdad, noble Oxford, es cierto que conservo en mi pecho cierto respeto á aquellas antiguas virtudes que tanto brillan en vos, sin lo cual no podria estimaros tanto; pero me hallo en una situacion terrible, y si en este momento de crisis diese un mal paso, podria desbaratar el plan que encierra mi objeto de toda la vida. Escuchad bien, señor comerciante: ya conoceis á Blackbarn, por otro nombre Eduardo de York, vuestro antiguo rival, acaba de llegar con un cargamento de arcos y lanzas cual no se ha visto jamás otro igual, en ningun puerto de Francia desde la época del rey Arthur, y me ofrece una par-

te en sus ganancias; ó mas claro, me propone hacer causa comun con la Borgoña para destronar á Luis, convidándome de este modo el rey de Inglaterra á formar con él una alianza contra el mas inveterado de mis enemigos. ¿Cómo quereis, noble conde, que yo me resista á una tentacion tan seductora?

-- Esta cuestion debe dirigirse á alguno de vuestros consejeros borgoñeses, pues encierra la ruina de mi causa, y yo no podria opinar con imparcialidad.

-- Pero quisiera que, como hombre de honor que sois, me manifestaseis los motivos que pueden impedirme á que acepte la proposicion que se me hace; pues deseo saber vuestra opinion, y no dudeis en manifestármela francamente.

-- Señor, contestó Philipson: yo sé que vuestra alteza no admite dudas sobre la facilidad de ejecutar un plan que ha llegado á concebir; pero aunque semejante carácter pueda ser digno de un príncipe, y aun quizás útil para el éxito de una empresa, tambien es verdad que hay circunstancias en las cuales si persistimos en nuestras resoluciones, sin mas razon que por haberlas tomado ya, esta firmeza de alma,

en vez de llevarnos al éxito, puede arrastrarnos á una ruina cierta. El invierno se acerca; ¿donde se ha de alojar ese ejército inglés? ¿Cómo se ha de proveer á su subsistencia? ¿Quién le pagará? ¿Está dispuesto V. A. á encargarse de todos los gastos necesarios para ponerle en campaña el verano próximo? Pues es menester que V. A. se persuada de que jamás estará pronto para servir un ejército inglés hasta que haya pasado fuera de nuestra isla el tiempo suficiente para habituarse á los ejercicios convenientes.

¡Enhorabuena! pero me parece que los Paises-Bajos podrán proporcionar alimento á vuestros paisanos carniceros por espacio de algunas semanas, y alojarlos en sus ciudades, dándoles tambien oficiales instruidos que los acostumbren al ejercicio y las fatigas.

-- ¿Pero qué sucederá despues? Ireis á Paris, añadireis otro reino al que Eduardo ha usurpado, le hareis dueño de todas las posesiones que tanto tiempo ha disfrutado en Francia la corona de inglaterra; ¿pero podreis jamás tener una entera confianza en Eduardo cuando hayais aumentado de ese modo su fuerza, haciéndole todavía mas temible que Luis, á quien

vuestras armas reunidas hubieran podido destronar?

— No quiero usar disimulacion con vos: ese es precisamente el punto que me tiene dudoso: Eduardo es mi cuñado; pero yo me fio tan facilmente que...

— Y no pocas veces la esperiencia ha demostrado el débil resorte que es el parentesco para evitar las violaciones mas groseras de fé.

— Teneis razon, conde. Clarence fue traidor á su suegro; Luis ha emponzoñado á su hermano. ¡Ah! ¡tienen tanto poder las pasiones en el corazon humano! Ciertamente que no podria servirme de gran socorro en caso urgente el parentesco de Eduardo; pues contar con él sería montar un caballo brioso sin otra brida que una cinta de seda: ¿pero qué resultará de esto? si Eduardo hace la guerra á Luis, yo no puedo menos de ganar, aunque aquel salga victorioso, pues ambos se debilitarán, y su debilidad formará mi fuerza. Los ingleses con sus largas flechas echarán por tierra á los franceses, y estos destruirán á aquellos á fuerza de escaramuzas. En llegando la primavera saldré á campaña con fuerzas superiores á los ejércitos, y entonces triunfarán mis armas.

-- Y si entretanto vuestra alteza se dignase prestar el menor socorro á la causa mas honrosa que puede haberse presentado en el mundo, como alguna cantidad, y un cuerpo de lanceros del Henao, los cuales podrian adquirir en este servicio gloria y riquezas, tal vez la casa de Lancastre volveria al goce de los derechos á que la hace acreedora su nacimiento, y que la fueron usurpados.

-- A fé mia, señor conde, que sabeis muy bien hacer recaer la cuestion en vuestro objeto principal: pero han sido tantas las mudanzas de fortuna que hemos visto con nuestros propios ojos entre las casas de York y de Lancastre, que nos hace dudar cuál será la privilegiada por el cielo, y en el amor de sus pueblos; porque efectivamente, las revoluciones que ha habido en Inglaterra pueden volver loco á cualquiera.

-- Esto mismo prueba, señor, que aun no ha llegado el fin de semejantes variaciones, y que vuestro socorro generoso puede asegurar la ventaja y el éxito de la buena causa.

¡Qué! qué preste el auxilio de mi brazo á Margarita de Anjou mi prima, para hacer caer del trono á mi cuñado Eduardo ¿ Ni debe me-

recerme grandes miramientos, puesto que ella y sus nobles han tenido la audacia de llegarme á amenazar, y así no es justo que deje aparte mis intereses personales. Marcharé contra Luis cuando me convenga, y no antes ni despues. ¡Hola! ningun inglés, ni rey, ni noble ha de mandar al duque de Borgoña : esos isleños tienen mucho amor propio, y creen que todo el mundo juzga de ellos con interés; pero ni York, ni Lancastre, ni Margarita, ni otro cualquiera, podrá decidirme á hacer mas que lo que me tuviere cuenta.

Como Oxford conocia bien el carácter del duque, le dejó desahogar su mal humor, el cual le acometia siempre que llegaba á comprender que se trataba de dictarle leyes; pero luego que el príncipe calló, le contestó Oxford en tono mesurado.

-- Con razon oigo decir al duque de Borgoña, al caballero mas celebrado de su siglo, que no se le dá razon alguna convincente para decidirle á una empresa, cuyo objeto es hacer justicia á una reina desgraciada, y levantar del polvo una casa real; ¿pero hechos semejantes no son dignos de eterna alabanza? No publicará la fama por todo el orbe el nombre

ciendo de todo esto un reino compacto y unido.

— No hay duda, y si no fuera ese el motivo no estaria, como me veis, armado y en campo raso. ¿Por qué se apoderan mis tropas de las fortalezas de la Lorena? Sí, amigo mio, el engrandecimiento de la Borgoña es una causa por la cual combatirá el duque de tan bella provincia, ínterin pueda manejar la espada.

— Pero no cree V. A., pues me permite hablarle con claridad, y así lo exige nuestro antiguo trato; ¿no cree V. A. que á sus dominios tambien contorneados les falta alguna cosa por el lado del Sud, que sería muy conveniente para el rey de Borgoña?

— No acierto lo que quereis decir, contestó el duque, mirando el mapa de su ducado y demas posesiones, que ya Oxford habia reparado, estendido sobre la mesa.

— Quiero decir, que para un príncipe tan poderoso como V. A. no hay frontera mas segura que la mar. Mirad la Provenza que está colocada entre vos y el mediterráneo; la Provenza, abundante en fértiles campos y en viñas hermosas: ¿no sería conveniente comprenderla en vuestra soberanía de modo que

con una mano pudieseis tocar la orilla del mediterráneo, y con otra la del Océano del norte sobre las costas de Flandes?

-- ¡La Provenza decís! contestó el duque con viveza; pues si es cosa con que siempre estoy soñando. Apenas percibo el olor de una naranja, cuando se presentan agolpados á mi memoria los hermosos bosques de aquella comarca, el balsámico olor de sus flores, y la hermosura de sus granados y olivos; ¿pero cómo podria yo pretenderla? sería vergonzoso turbar al anciano René, que descansa en aque retiro: ademas, como es tio de Luis, puede haberle nombrado ya por su heredero á falta de Margarita.

-- Aun podrán presentarse en favor vuestras mejores pretensiones, señor, si consentis en conceder á Margarita de Anjou los socorros que solicita por mi medio.

-- Toma cuanto pides, esclamó Cárlos con impetuosidad; toma el duplo de cuanto pides, tanto de hombres como de dinero.

Preséntame un pretesto para aspirar á la Provenza, que aunque sea tan endeble como un cabello de la reina Margarita, yo haré de él un clable que resistirá á cualquier esfuerzo;

versos, y á Margarita se la tratará de un modo el mas honrroso, y como vos mismo indiqueis.

-- Ese punto se arreglará facilmente, señor. Si nuestros esfuerzos salen bien en Inglaterra, Margarita no necesitará los socorrosde la Borgoña; si por el contrario saliesen mal, se retirará á un claustro para terminar sus dias, y sin duda disfrutará poco tiempo de la generosidad que V. A. está pronto á dispensarla.

-- Así lo haré, y ciertamente será tratada de un modo digno de ella y de mí. Pero á fe mia que en el convento donde Margarita se retire han de tener que hacer bien con ella; pues conozco su genio indomable, y así no dudaré que sepa inclinar á su padre á hacer la abdicacion en cualquiera que le proponga. Sé como se condujo con su simple y benigno esposo, y sé tambien que su padre, no menos incapaz, se mostrará igualmente blando; pero hablemos seriamente: aunque se verificase la abdicacion de René, me parece que no será facil hacer que Luis mire este hecho con ojos tan favorables como lo hacemos nosotros. Sostendrá que el condado de la Provenza es un feudo que debe pasar de varon en varon, y que ni la abdica-

cion de René, ni el consentimiento de su hija pueden impedirle que vuelva á la corona de Francia, puesto que el rey de Sicilia, que así llaman á René, no tiene hijo varon.

-- En este caso, la cuestion debería ventilarse en el campo de batalla, y no será la vez primera que V. A. haya desafiado á Luis por objeto de menos importancia. Todo lo que puedo deciros es que si el jóven conde de Richemond llega á salir con su empresa, con el auxilio de V. A., tendreis en vuestra ayuda tres mil arqueros ingleses, aun cuando el viejo Oxford, por falta de mejor gefe, tuviera que conducirlos él mismo.

-- Ese socorro no sería del todo despreciable, y adquiriría nuevo valor si le acompañase la presencia de quien acaba de ofrecérmele. Vuestro auxilio, noble Oxford, sería para mí apreciable aun cuando vinieseis solo y sin mas armas que vuestra espada. Conozco bien vuestro valor y talento; pero volvamos á nuestro asunto. Los desterrados, por sabios que sean, prometen cosas á veces que de ningun modo pueden cumplirse; y se engañan á sí mismos engañando á los demas. ¿Qué esperanza teneis del éxito cuando insistis en que me embarque

en un mar tan agitado como el que presentan vuestras disensiones civiles?

-- El conde de Oxford sacó del bolsillo el plan que traia formado de su espedicion, y se le esplicó al duque, añadiendo que debian ayudarle los partidarios de la casa de Lancastre. No daremos los pormenores de este plan, y solo nos ceñiremos á decir que rayaba en temeridad; pero estaba tan bien concebido, y su tejido era tan unido, que bajo un gefe como Oxford, cuyos talentos militares, sagacidad y política eran bien conocidos, presentaba una apariencia del mejor éxito.

Mientras que Cárlos examinaba detenidamente aquel papel que encerraba los medios de vengar las afrentas que habia recibido de su cuñado Eduardo IV, y de conseguir la rica Provenza, el inglés no cesaba de insistir sobre la urgente necesidad que habia de no perder un momento.

-- El éxito de este proyecto depende de la prontitud; y si hemos de hacer algo, es preciso que antes que vuelva Eduardo de Francia esté yo en Inglaterra con las tropas auxiliares.

-- Ya que ha venido, contestó el duque, mi digno hermano no se apresurará para volver;

pues los hermosos ojos de las francesas, y el rico vino de Champaña, no son cosas que el buen Blackburn pueda dejarlas al momento.

— Señor, si he de hablar con verdad, Eduardo es indolente, y amigo del placer cuando todo está tranquilo á su rededor; pero, si la necesidad le impele, recobra todo el ardor de un valeroso alazan: por otra parte, Luis, á quien rara vez faltan medios para el fin que se propone, está decidido á no perdonar diligencia alguna para obligarle á volver á pasar el mar; por tanto, noble príncipe, la celeridad debe ser el alma de esta empresa.

— ¡La celeridad! ¡la celeridad! repitió el duque de Borgoña. Yo os acompañaré, y presenciaré el embarque de los valientes soldados que han de acompañaros.

— Perdonad, señor, la impaciencia de un hombre que se ahoga é implora socorro. ¿Cuándo partiremos para las costas de Flandes?

— Dentro de quince dias, quizás de aquí á ocho; en una palabra, luego que haya castigado convenientemente á una partida de pícaros, que semejantes á la espuma que quiere salirse del caldero que yerbe, se hallan en las alturas de los Alpes infestando desde allí

nuestras fronteras con tráficos iliestos y otra vejaciones.

-- Vuestra alteza quiere decir sin duda las confederacion suiza.

-- Sí, tal es el nombre que se dán esos villanos, que semejantes al perro que rompió su cadena, se aprovechan de su libertad para atacar y destruir cuanto encuentran al paso...

-- Al volver de Italia he atravesado su pais, y he sabido que la intencion de los cantones era enviar diputados á V. A. que solicitasen la paz.

-- ¡La paz! sus embajadores se han conducido de un modo estrañamente pacífico; pues aprovechándose de una sublevacion de los habitantes de la Ferette, primera ciudad fortificada donde han entrado, han tomado la plaza por asalto, se han apoderado de su gobernador Archibaldo, y lo han dado la muerte en la plaza del mercado. Semejante insulto debe castigarse, noble Oxford, y si no me dejo llevar de la cólera que deberia arrebatarme, es por que ya he dado órden de que ahorquen á esos miserables que se denominan embajadores.

-- ¡Por el amor de Dios! noble duque, esclamó el inglés, arrojándose á los pies de Cár-

los, por vuestra gloria misma, y por el bien de la cristiandad, os pido que revoqueis esa órden, si verdaderamente la habeis dado.

-- ¿Qué significan tales instancias? ¿Por qué tomais ese interés en la vida de unos seres semejantes? Será sin duda por la dilacion que puede causar esta guerra para vuestra espedicion?

-- Semejante guerra puede, y aun debe destruirla. Escuchadme, señor, yo he acompañado á esos enviados por algun espacio durante su viage. La casualidad me ha hecho conocerlos, y he visto que hay entre ellos hombres nobles y generosos; y he llegado á conocer tanto sus intenciones pacíficas, que me atrevo á responder de ellas.

-- En verdad, Milord, que quereis honrarlos demasiado, constituyéndoos por mediador entre ellos y yo. Permitidme que os diga que es un acto de condescendencia, en atencion á nuestra antigua amistad, si os permito nos hableis de los asuntos de Inglaterra, y me parece podiais evitar el darme consejos acerca de unos vasallos que ninguna relacion tienen con vuestros intereses.

-- Señor duque, contestó Oxford, sirviendo

bajo vuestras banderas y cuando fuimos á París, tuve la felicidad de socorreros en la batalla de Montlchéri, cuando os visteis rodeado por varios soldados franceses.

-- No se me ha olvidado, y la prueba de que me acuerdo de ese servicio, es el permitiros que abogueis por esos miserables, que pretendeis sean indemnizados de la pena capital solo porque han sido compañeros de viage del conde de Oxford.

-- No señor; si pido por ellos es porque están encargados de una mision pacífica, y porque á lo menos sus gefes no han tomado parte alguna en el crímen que decis.

El duque empezó á pasearse por el aposento con la mayor agitacion, y como si estuviese sùmido en profundas reflexiones: en fin, pareció resolverse, y tocó con fuerza una campanilla de plata que habia en su escribanía.

- Contay, dijo á su gentil hombre, que se presentó al momento: ¿han sufrido el castigo esos montañeses?

-- No señor; pero están disponiéndose para morir.

-- Que vivan, que mañana los escucharemos, á ver cómo se justifican de su conducta.

Contay se retiró haciendo una profunda reverencia.

El duque de Borgoña, con semblante sereno, se volvió ácia el inglés, y le dijo con un aire que á un tiempo espresaba altivez y familiaridad: -Ya no tenemos obligacion alguna, Milord: habeis logrado vida por vida; y para conpensacion de la diferencia que podria haber entre los géneros cambiados, os he dado seis por uno: ninguna atencion pondré ya en cuanto me dijereis como sea respecto á mi caida del caballo en Montlcheri y de vuestras hazañas en aquella accion. Muchos príncipes se contentan con odiar en secreto á los que les han hecho semejantes servicios; pero mi carácter es diferente, y yo solo aborrezco el que me recuerden cuando los necesité: y hoy aseguro que ha sido grande el esfuerzo que he tenido que hacer para revocar una resolucion que tenia ya formada. ¡Hola! que me traigan de beber.

Al instante entró un ugier trayendo un frasco de plata y una copa del mismo metal.

- Los médicos, dijo el duque, me han prohibido el vino en atencion á mi temperamento, y así tengo que beber agua de limon ú otra cosa equivalente; pero vos, Oxford, no teneis

que guardar igual régimen, y así volved á la tienda de vuestro compatriota Colvin que manda nuestra artillería: á sus cuidados y esmero os confiamos hasta mañana, que será dia de grandes negocios; pues espero la respuesta de esos mentecatos de la asamblea de los estados de Dijón, y tambien oiré, gracias á vuestra intervencion, á esos miserables enviados suizos segun ellos se denominan, ¡vaya! pero no pensemos mas en esto. Hasta la vista. A Colvin, que es como vos partidario acérrimo de la casa de Lancastre, podeis hablarle con toda franqueza; pero cuidad con decir una sola palabra de la Provenza, ni aun en sueños. Contay, conduce á este inglés á la tienda de Colvin, que sabe ya mi deseo en este particular.

-- Señor, dijo Contay, ya he dejado en ella al hijo de Milord.

-- ¡Qué¡ ¿vuestro hijo Oxford está con vos? ¿por qué no me lo habeis dicho? es un vástago apreciable de ese tronco viejo.

-- Señor, me lisonjeo en poder decir que ha sido fiel compañero de todos mis viages y peligros.

-- ¡Mortal feliz! dijo el duque suspirando; al fin Oxford teneis un hijo que os ayude á

llevar vuestras penas y quebrantos; pero yo no le tengo para poder repartir con él mi grandeza, y que me suceda despues de mi muerte.

-- Teneis una hija, señor, y es creible que casará algun dia con un príncipe poderoso que será el apoyo de la casa de vuestra alteza.

-- ¡Jamás! ¡jamás! esclamó el duque, con prontitud y decision; no quiero un yerno que en su enlace con mi hija vea un escalon para aspirar á la corona del padre. Oxford, os he hablado con mas franqueza de la que acostumbro, y que tal vez no debiera haber usado; aunque si existe alguna persona de quien pueda fiarse, ninguno mejor que vos.

El conde inglés saludó á Cárlos con el mayor respeto, y se dispuso á partir; pero volviéndole á llamar el duque, le dijo: Oxford, no basta la Seccion de la Provenza; es menester que René y Margarita nieguen el derecho que pretende tener á la Lorena el loco Ferrando de Vaudemont, el cual me opone una obstinada resistencia.

-- Señor: Ferrando es nieto del rey René, y sobrino de la reina Margarita; sin embargo...

-- Sin embargo, es preciso que los derechos

que pretende tener á la Lorena, se le nieguen absolutamente. ¡Me hablais de afectos de familia, y me proponeis que haga la guerra á mi cuñado!

— La escusa mejor que René pudiera téner para abandonar á su nieto sería la imposibilidad absoluta en que se halla de poderle sostener. Daré parte al rey de la condicion que impone V. A. por dura que sea.

Diciendo esto, el conde de Oxford salió del pabellon.

CAPÍTULO VI.

Miles de gracias doy á vuestra alteza,
Viendo con gran placer que ha separado
Mi harina en este asunto del salvado.

SHAKSPEARE.

Ya hemos dicho que el alojamiento destinado á Oxford era la tienda de Colvin, general de artillería, estimado del duque Cárlos, el cual segun las órdenes que habia recibido de su amo, recibió al conde con la mayor atencion y respeto. Colvin habia combatido tambien por la casa de Lancastre, y por consecuencia miraba con gusto á aquellos pocos hombres de distincion que habian sido constantemente fieles á aquella familia durante la larga serie de infortunios que tanto tiempo hacía les oprimia.

Sirviéronles á poco rato una buena comida,

en la que Colvin procuró recomendar con su ejemplo el buen vino de Borgoña, que el mismo soberano aplaudia, aunque sin poderlo beber.

-- En eso muestra el duque, dijo Colvin, el imperio que tiene mi amo sobre sí mismo; pues hablando como amigos, su carácter es demasiado fogoso para semejante bebida.

-- He tenido ocasion de conocer bien el carácrer del duque, que cuando empecé á tratarle solo era conde de Charóles (1); y aunque siempre se mostraba impectuoso, no era como ahora, que parece arrebatarse á la ménor contradicion: este es el resultado de la prosperidad cuando sigue sin interrupcion: se ha ensalzado por su propio valor, y gracias á las circunstancias felices, de príncipe feudatario, al rango ó á la clase de soberano de los mas poderosos de la Europa, revistiéndose de un carácter independiente y magestuoso, aunque me lisongeo que no han desaparecido de sus costumbres aquellos actos de generosidad que contrapesan la voluntad arbitraria.

---

(1) Ciudad, capital de un pais de Francia llamado el Charoloes.

-- El duque, mi amo, contestó Colvin, es generoso y franco.

-- Ojalá que sus bondades solo las prodigue á hombres fieles y valientes como vos: pero encuentro una gran variacion en vuestro ejército; y como conozco la mayor parte de las divisas de las antiguas casas de Francia, me sorprende el ver tan pocas en este campamento.

-- No es conveniente, noble Oxford, que un hombre asalariado por el duque critique su conducta; pero sin embargo, os diré que de algun tiempo á esta parte el duque Cárlos, en mi concepto, dispénsa una confianza casi escesiva á los soldados estrangeros. Prefiere tener asalariadas numerosas tropas de alemanes é italianos, que reunir alrededor de su bandera los caballeros y escuderos que tienen con él alianza á título de feudo; y solo se vale de sus vasallos para sacar las sumas necesarias para pagar estas tropas asalariadas. Los alemanes son honrados sino les falta la paga, ¡pero Dios me libre de los soldados italianos, y mas de su gefe! el cual si le tentase la codicia no pondria reparo en vender á S. A. como á un cordero.

-- ¿Tan mal pensais de él?

-- Motivos tengo para ello; pues le tengo por hombre capaz de cualquier traicion, y es bien sensible Milord, para un inglés, para un hombre de honor como yo, el verse obligado á servir en un ejército donde tienen mando hombres semejantes. ¿Pero qué he de hacer hasta tanto que el cielo determine que pueda emplear mis armas en servicio de mi cara patria?

El conde de Oxford dió á entender á su compatriota que tal vez veria realizados sus deseos antes de mucho; y en seguida le suplicó que le proporcionase un salvo conducto y alguna escolta para su hijo, á quien tenia precision de enviar al dia siguiente á Nancy, residencia del rey René.

-- ¡Qué! dijo Colvin ¿el jóven Oxford vá á graduarse en la corte de amor? pues en la capital del rey René los asuntos de mas importancia son el amor y la poesía.

-- No es tal mi intencion, amigo mio; pero la reina Margarita está allí con su padre, y conviene que este jóven vaya á besarla la mano.

-- Ya os entiendo, dijo el veterano; ya, ya: aunque estamos cerca del invierno debemos esperar que llegará la primavera, y entonces

brillará la rosa encarnada; y diciendo esto, condujo á Oxford al sitio de la tienda que estaba destinado para dormitorio, donde habia dos camas, una para él y otra para su hijo. Colvin le aseguró al despedirse que al rayar el dia tendria prontos los caballos y escolta con que podria marchar seguro el jóven Arthur, al cual dijo su padre luego que estuvieron solos:

– Otra vez, hijo mio, es menester que nos separemos. No me atrevo á daros carta alguna para Margarita en un pais tan lleno de peligros como éste; pero luego te daré las instrucciones necesarias para que hables á nuestra ama, á fin de que se decida á instar á su padre á que haga una cesion absoluta de sus dominios en favor del duque de Borgoña; pues respecto á la subsistencia de él y de Margarita, nada deja que recelar la generosidad de Cárlos, y lo que temo solamente es que su alteza se empeñe en....

–– En alguna hazaña estravagante, pero indispensable á su honor y á la seguridad de sus dominios, añadió una voz desde fuera de la tienda, y de este modo olvide nuestros asuntos y los suyos. ¿No es así, señor conde? y al mismo tiempo entró en la tienda un soldado que

creyeron ser de la guardia del duque; pero que no tardó en ser conocido de Oxford por el mismo Cárlos.

Arthur, que jamás habia visto á aquel príncipe, lleno de sorpresa echó mano á su puñal; pero su padre le hizo señal para que estuviese quieto, admirándole no menos el respeto con que Philipson recibió al pretendido soldado; aun qué no tardó en comprender aquel misterio.

– Si os habeis disfrazado, señor, dijo Oxford, para hacer prueba de mi fidelidad, permitidme que os diga que era inútil.

–– Sin embargo, Oxford, contestó Cárlos; no me negareis que soy un espía cortés; pues he dejado de escuchar en el momento en que pareció ibais á decir alguna cosa que pudiera escitar mi enojo.

–– Puedo aseguraros, señor, respondió el conde, que no hubierais oido mas, aunque hubieseis permanecido oculto, que lo que estoy pronto á decir en presencia de V. A.

–– Pues bien, di lo que quieras; y si alguno os ha dicho que Cárlos, duque de Borgoña, se ha ofendido alguna vez de los consejos dados por un amigo, cuyas buenas intenciones

le son conocidas, decidle que falta á la verdad.

-- Solo hubiera dicho que era de temer que el duque de Borgoña al disponerse á entrar en posesion de la Provenza, no se dejase arrastrar por el deseo de vengar afrentas imaginarias, que supone le han sido hechas por ciertos pueblos de los Alpes, contra los cuales jamás podrá conseguir una ventaja importante, ni adquirirá gloria; ántes se espondrá á perder una y otra. Esos hombres, señor, viven entre peñascos casi inaccesibles, contentos con su pobreza y sujetos á una vida laboriosa: su sobriedad y el terreno que ocupan los hace inespugnables, y así os aconsejo que no os metais en guerra con ellos.

-- Estais mal informado, Milord, contestó el duque, en cuyo rostro se veía pintada la impaciencia; esos montañeses no son campesinos pacíficos, como quereis suponerlos; pues si así fuese, los despreciaria: son vasallos arrogantes envanecidos con algunas victorias que han conseguido sobre los austriacos; quieren desconocer el poder de la autoridad, dándose cierto aire de independencia: forman alianzas, hacen invasiones, asaltan fortalezas, y juzgan, segun

les place, á hombres de elevado nacimiento; y para que mejor me entiendas, sabe, Oxford, que los suizos son tan enemigos de la Borgoña como los escoceses de la Inglaterra. ¿Y cómo he de emprender accion alguna sin haber antes abatido el orgullo de semejante pueblo?

— Pero al menos no os darán tanto que hacer como los escoceses han dado á los reyes de Inglaterra. Nuestras guerras han sido tan largas y sangrientas, que hay hombres prudentes que aun sienten que las haya habido.

— Yo no quiero honrar tanto á esos aldeanos como á los escoceses, en quienes al cabo ha habido muchos nobles que han dado grandes ejemplos de valor; pero esos montañeses no creo se atreverán á esperar á mi caballería; y para que cese en vos todo escrúpulo, quiero que sepais que esos viles aldeanos animan las sublevaciones: han tomado por asalto la ciudad de la Férette, y dado muerte á su gobernador, como ya creo haberos dicho; y aquí teneis un escrito en que me hacen saber que aquel fue condenado á muerte por el tribunal del Vehmé, que es una banda de asesinos ocultos, cu-

yas maldades jamás sufriré en mis dominios. ¡Ojala los cogiera yo en campo raso, como se juntan en las entrañas de la tierra! Ved la insolencia de este escrito.

En él, despues de la fecha del mes y dia, se leía, que en virtud de sentencia pronunciada por el tribunal del Vehmé, habia sido ejecutado Archibaldo Von Hagenbach, sin que nadie tuviese que responder de su muerte sino el mismo tribunal: la rúbrica estaba hecha con tinta roja, y el pergamino se hallaba arrollado con una cuerda, y con él un puñal.

Este hermoso billete, prosiguió el duque, le he hallado sobre mi mesa clavado con el puñal; y esta accion es otra de sus infamias.

El valeroso Oxford no pudo menos de temblar al acordarse del peligro á que se habia visto espuesto en la posada de Mengs; pero volviendo en sí al instante, dejó de hacer algunas reflexiones al duque Cárlos acerca de lo temibles que eran tales asociaciones secretas; y asi le dijo: - Señor, debeis evitar una lucha contra unos y otros; pues los suizos permanecerian firmes como el hielo sobre sus rocas, y las asociaciones secretas ocultarian

su fuego bajo las espesas capas de tierra que las cubren.

—¡Me parece, contestó el duque, que teneis mas miedo á esas dos suertes de canallas que á los ejércitos donde os he visto peleas con valor! Sin embargo, no despreciaré vuestro consejo: oiré á esos enviados suizos con la mayor paciencia que me sea posible, y me abstendré de manifestarles el desprecio que hago de sus ridículas pretensiones. No hablaré palabra respecto á las asociaciones secretas hasta tanto que pueda obrar de acuerdo con el emperador, que entonces les buscaré en sus madrigueras. ¡Vaya! ¿os parece bien este plan, noble Oxford?

– Está muy bien pensado, señor; y V. A. debe conocer que se halla en una situacion tal, que la menor palabra, si llega á oirla algun traidor....

—Yo no tengo traidores en mi campo, contestó el duque; pues mas quisiera perecer á manos de un asesino que verme cercado de semejantes hombres infames.

—He oido hablar á algunos criados antiguos de V. A. poco favorablemente acerca del conde de Campo Basso, general de vuestro ejército.

– Sí, replicó el duque con frialdad; el odio puede mucho, y no será Colvin el último que denigre á ese fiel servidor mio, el cual es mal mirado entre mis cortesanos porque me advierte de todo lo que se hace mal en mis estados: á esto se añade su noble presencia, su gracia y alegría, y una destreza poco comun en los ejercicios de la guerra, no siendo menos político en la paz.

–– Todas esas cualidades, señor, repuso el inglés, son propias para formar un favorito; pero no un amigo fiel como le supone V. A.

–– Sois muy desconfiado, Oxford, y sin duda vuestro nuevo oficio de mercader os ha dado tales ideas contrarias á vuestro carácter. Sabed que mi buen hermano Luis, rey de Francia, me ha hecho avisar en secreto, por medio de un sugeto de su confianza, de que Campo-Basso le habia ofrecido, mediante cierta suma de dinero, entregarme en su poder, muerto ó vivo. ¿Qué, os asustais? ¡Vaya, vaya! Los temores no son peligros evidentes: por otra parte, creeis que si á mi primo le hubieran hecho semejante oferta, me la habria dicho ¡qué disparate! No, no; él sabe cuánto de

bo á Campo-Basso y por lo mismo, queria perderle en mi concepto.

-- No obstante, dijo Oxford, si V. A. quiere seguir mi consejo, deberá vivir con cautela, y marchar siempre bien armado.

-- ¡Hola! ¿con qué querriais que me tostase como un lechon metido siempre entre hierros? Nada de eso; pero sin embargo, no pienso esponerme neciamente. Ahora, jóven, debo advertiros, dijo á Arthur, que los secretos de los príncipes son regalos peligrosos, si el que los sabe carece de discrecion; pero que hacen la suerte de quien sabe guardarlos. Yo os daré una prueba de esto si me traeis de Nancy la abdicacion de que os ha hablado vuestro padre: ¡ á Dios ¡á Dios!

-- Acabas de ver, hijo mio, dijo Oxford, a jóven inglés, el retrato del duque trazado por él mismo. Es facil escitar su ambicion y su sed de grandeza; pero es casi imposible hacerle seguir un sendero recto que le dirija al punto deseado. Unas veces desconfia sin causa, y otras se abandona á una confianza sin límites: poco ha, enemigo de la casa de Lancastre era aliado de la de Yorck; ahora es el único apoyo de aquella familia destronada ¡Qué de

intereses dependen de la determinacion que tome el duque mañana! pero confiemos en el Ser Supremo, en cuyas manos está el destino de los hombres: y ahora, hijo mio, vamos á descansar, que quiero darte aun algunas instrucciones en secreto.

CAPÍTULO VII.

Fria mi sangre está, pues he sufrido,
Sin que se haya encendido,
Tan indignos ultrajes cara á cara;
Y si bien se repara
Debe querer saber vuestra insolencia
Los límites que tiene mi paciencia.

SHAKSPEARE.

La fresca aurora con su primera claridad vino á despertar al conde de Oxford y á su hijo, y el radiante Febo, apenas habia empezado su carrèra en su rutilante carro, cuando Colvin entró en el pabellon seguido de un criado que dejó en el suelo unos paquetes que traía, diciéndoles en seguida el general de artillería que su amo le habia eucargado de hacerles saber que el jóven Oxford tenia á sus órdenes cuatro robustos lanceros que le escoltasen, un

bolsillo bien repleto de oro para lo que pudiera ofrecérsele durante su permanencia en Aix; cartas de recomendacion para el rey René, á fin de que fuese bien recibido de él, y dos vestidos completos correspondientes á un caballero inglés para que pueda asistir convenientemente á las solemnes fiestas de la Provenza. Si tuviese que evacuar en aquel pais algunas otras diligencias, mi amo desea que se conduzca con prudencia y discrecion: tambien os envia el duque dos caballos, uno para la marcha y el otro armado para la guerra, por si fuese necesario. Es preciso ahora, mi jóven señor, que os muden de traje y que tomeis otro mas adecuado á vuestra clase. Los que han de acompañaros conocen bien el camino, y llevan órden de llamar en vuestra ayuda en nombre del duque á todo fiel borgoñés. Solo me resta deciros que partais cuanto antes, pues podrá conveniros la presteza.

-- Estoy pronto á montar á caballo así que me mude de vestido, contestó Arthur.

-- Ni yo quiero por mi parte que se retarde en lo mas mínimo la ejecucion de su encargo. Solo tenemos que pedir al Todopoderoso su asistencia y socorro; pues solo Dios sabe

cuándo, y dónde nos volveremos á ver.

-- Me parece, dijo Colvin, que eso dependerá de los movimientos del duque, que aun no pueden fijarse; pero Cárlos cuenta con vuestra asistencia hasta que esten difinitivamente arreglados los asuntos que os han traido aquí; tengo aun mas que deciros, pero será despues que haya partido vuestro hijo.

Mientras que Colvin hablaba así con el conde, Arthur, retirado en un ricon de la tienda, y dejando su sencillo trage, se vistió otro mas análogo á su clase. Facil es de conocer la sensacion agradable que esta mudanza causó al jóven inglés, pues volvia á tomar un trage, que decia tan bien á su agradable fisonomia, y del cual se habia visto privado tanto tiempo por las circunstancias; pero mucho mayor fué el placer con que se echó al cuello una cadenita de oro, trabajada con la mayor delicadeza, de la que pendia un medallon del mismo metal, en el cual se leía, escrito con pequeños caractéres, y como si estuviese hecho con la punta de algun instrumento sutil, este tierno epígrafe: ¡*á Dios para siempre*! en el reverso decia: no olvideis a A. de G. cuya joya, juntamente con la cadena,

habia sido el regalo que Anade Geirstein habia dado á Arthur al despedirse.

Cuantos leyeren esta historia, si han conocido el amor, podrán juzgar fácilmente el aprecio que el jóven inglés haría de prenda tan preciosa; así es que él la guardaba con el mayor cuidado, llevando siempre sobre su corazon aquellas preciosas letras, que se conocia haber sido escritas por mano de la misma Ana.

Luego que se hubo vestido, Arthur fue á arrodillarse delante de su padre para pedirle su bendicion, y sus últimas órdenes para Aix.

El conde, con voz trémula; se la dió añadiendo: ya sabes cuanto te es preciso para el éxito de tu encargo; y añadió en voz baja. -- Cuando puedas traerme las actas que nos son necesarias me hallarás cerca del duque de Borgoña.

Concluido este dicurso salieron todos tres de la tienda, á cuya entrada esperaban á caballo los cuatro lanceros, hombres robustos y bien armados, que tenian de la brida tres caballos, dos para Arthur, y uno cargado con el equipage; en el cual dijo Colvin á aquel que hallaria las ropas necesarias para presentarse

en Aix, y al mismo tiempo le puso en la mano un bolsillo lleno de oro.

-- Thiebault, añadió, señalando al mas anciano de los lanceros, es hombre de toda confianza, y yo respondo de su inteligencia y fidelidad, y los otros tres son escogidos; por tanto podeis marchar con toda confianza.

Arthur montó con ligereza en su brioso caballo de marcha, sintiendo su corazon, si bien grave pesar en dejar á su padre, tambien noble alegría en verse restituido á los ejercicios propios de su noble nacimiento.

-- Escuha, hijo mio una palabra, le dijo su padre, y Arthur se inclinó para escucharle.
-- Nó te dés por satisfecho del contenido de mis cartas, si llegas á recibirlas, hasta tanto que hubieses espuesto lo escrito al calor del fuego.

El jóven Oxford saludó cariñosamente á su padre y á Colvin, é hizo seña á la escolta para que marchase, siguiéndolos el jóven, que no dejó de hacer señas á su padre hasta que le perdió de vista.

El conde, inmóvil á la puerta del pabellon, y con la vista fija en el camino que debia se-

guir su hijo, se asemejaba á un hombre poseido de un letargo; en cuya situacion sin duda hubiera permanecido mas tiempo si Colvin no le hubiera hablado.

-- No me admiro, Milord, de que os cause tanta pena el apartaros de vuestro hijo; pues ciertamente es un jóven apreciable, maxime en este siglo desolador en que vivimos.

-- No es solo mi hijo el que causa mi pesar, contestó Oxford; ¿pero qué nuevas me traeis del duque?

-- Su alteza montará á caballo despues de haberse desayunado; y ahora os envia otros trages, que si no corresponden enteramente á vuestra clase son al menos mas conducentes que los que llevais ahora. Mi amo desea, que aunque sin daros á conocer, le sigais á Dijón, donde debe oir la respuesta de los estados de Borgoña, dando despues audiencia pública á los diputados suizos. Me ha encargado que os coloque de modo que podais ver cómodamente estas dos ceremonias, que como estrangero, os será sin duda agradable presenciar, aunque quizás todo esto os lo habrá dicho ya el mismo duque; pues sé que ha venido á veros disfrazado esta noche pasada. No os admireis:

es cosa que el duque la hace tan amenudo que no puede quedar oculta. No hay soldado que no le conozca cuando le ven atravesar el campamento, y las vivanderas le llaman, *el espia espiado.* Si el honrado Colvin fuese el único que lo supiese, se guardaria bien de decirlo, pero todo el mundo lo sabe. Vamos, Milord, ¿quereis almorzar?

Efectivamente, almorzaron los dos ingleses, y fue con toda la esplendidéz propia de un general que recibe en su tienda á un estrangero de distincion; pero aun no habian acabado, cuando el sonido de las trompetas anunció la salida del duque. Al punto Philipson, pues bajo este nombre debia seguir el conde de Oxford, salió del pabellon para tomar el hermoso caballo que el duque le habia regalado para su servicio. Al cabo de algunos minutos se presentó el duque á caballo adornado con todas las insignias propias de su carácter. La comitiva, compuesta toda de la primera nobleza, brillaba á porfia en trages y armaduras, de modo que se podia decir con razon que en aquel tiempo la corte del duque de Borgoña era la mas grandiosa de toda la Europa. Los oficiales de su casa ocupaban los lugares que á cada uno corres-

pondian, y entre los caballeros marchaba Oxford, acompañado de Colvin. Los reyes de armas y caballeros aspirantes, con sus vistosos y singulares trages, formaban agradable contraste con la riqueza de aquella comitiva, á la cual precedia el duque, y siguiéndole doscientos arcabuceros, tropa escogida que entonces empezaba á tener grande estimacion y cerrando la marcha otros doscientos soldados de á caballo.

La ciudad de Dijón se hallaba cercada de altas murallas y de anchos fosos, que recibian el agua de un rio pequeño llamado el Ouche y del torrente de Suzo n. Cuatro puertas fortificadas, y flanqueadas por reductos, daban entrada á la ciudad por medio de otros tantos puentes levadizos, que correspodian casi directamente á los cuatro puntos cardinales de horizonte. Elevábanse sobre las murallas treinta y tres torres que defendian los ángulos, las cuales del mismo modo que aquellas eran de piedra y de un grueso estraordinario. Esta hermosa ciudad se veía cercada de ricos viñedos, y la multitud de torres que se elevaban en su recinto atestiguaban no menos las riquezas que se encerraban en ella.

Luego que el sonido de las trompetas de la comitiva advirtió á la guardia municipal que custodiaba la puerta de S. Nicolás de la llegada del duque, bajaron el puente, alzaron el rastrillo, y el pueblo alborozado se agolpó dando gritos de alegría para ver á su príncipe, que cerçado de sus principales oficiales entró en la ciudad, cuyas casas estaban todas colgadas de ricas telas. Montaba Cárlos un hermoso caballo blanco, y marchaban á su inmediacion seis jóvenes pages, armado cada uno con una partesana dorada. Los vivas con que fue recibido probaban que si Cárlos habia perdido su popularidad algun tanto por ciertos actos arbitrarios, no era hasta tal grado que los habitantes de su capital no le recibiesen con alegría, cuando no con entusiasmo. Se hace tambien creible que el respeto debido á la memoria de su padre fuese no menos causa que detuviese en gran manera el mal efecto que una parte de su conducta debia producir en el espíritu público. La comitiva se detuvo delante de un vasto edificio situado en el centro de la ciudad, que era conocido por la casa del duque, y que luego que la Borgoña se reunió á la Francia, fue llamado palacio real.

Al pie de las escaleras aguardaba al príncipe el corregidor de Dijón acompañado de todo el cuerpo municipal, que escoltaban cien hombres vestidos de terciopelo negro, y armados con medias picas.

El corregidor se arrodilló para besar el estribo del duque, segun costumbre; y en el momento que Cárlos se apeó, todas las campanas de la ciudad empezaron á tocar á vuelo.

Despues de haber subido una escalera ancha y cómoda, entró el duque en el salon de palacio, en cuyo fondo se elevaba un trono para el soberano, rodeándole asientos para los principales oficiales de su casa y vasallos mas distinguidos, detras de los cuales habia bancos rasos para los sugetos de menos consideracion. Allí fue donde Colvin colocó á Philipson, aunque tuvo cuidado de elegirle un sitio, desde el cual pudiese ver fácilmente cuanto pasaba en la asamblea, y tambien al duque, el cual con su acostumbrada viveza y un movimiento de cabeza casi imperceptible, manifestó que aprobaba aquella colocacion.

Cuando el duque y su comitiva estuvieron sentados, el corregidor se acercó con el ma-

yor acatamiento, arrodillándose en el último escalon del trono, rogándole no llevase á mal le preguntase si se dignaba oir á los habitantes de su capital, los cuales deseaban manifestarle su adhesion y celo, y si se dignaria al mismo tiempo aceptar su tributo de amor, espresado en una copa de plata, llena de monedas de oro, la cual tenia el honor de presentar á sus pies en nombre de los vecinos y cuerpo municipal de la ciudad de Dijón.

Cárlos, que jamás se estendia mucho en los cumplimientos, contestó brevemente y con voz aspera. Cada cosa á su tiempo, señor corregidor; primero oiremos á los estados de Borgoña, y podrán hablarnos despues los vecinos de Dijón.

El corregidor no muy contento con aquella acogida poco graciosa que le habia hecho el duque, se retiró llevando consigo la copa de plata.

-- Esperaba, dijo Cárlos, encontrar aquí ya á los estados de nuestro ducado de Borgoña, ó cuando menos una diputacion que nos contestase al mensage que hace tres dias les envió nuestro canciller. ¿No hay nadie aquí de su parte?

Como nadie se atreviese á responder, el corregidor dijo que los miembros de los estados habian estado deliberando sériamente toda la mañana, y que sin duda vendrian al momento luego que supiesen que su alteza honraba la ciudad con su presencia.

El duque llamó entonces á su primer rey de armas, y le dijo: - Id á avisar á esos señores, que deseamos saber el resultado de sus deliberaciones; y que tanto por política como por fidelidad deben hacernos aguardar poco. Habladles claro, señor rey de armas, que si no, yo os hablaré á vos de modo que me entendais.

Mientras que el rey de armas cumplia su encargo, aprovechándonos de su ausencia, haremos conocer á nuestros lectotes cuál era el ascendiente que tenia Cárlos sobre su pueblo.

La memoria del duque Felipe era grata á los borgoñeses, pues por espacio de veinte años aquel príncipe prudente habia sostenido su dignidad entre los demas soberanos de la Europa, y aun reunido tesoros sin exigir ni pretender ningun aumento en las rentas del rico pais que gobernaba. Pero los estravagantes proyectos

y gastos escesivos de Cárlos habia provocado el descontento de los estados, y la buena inteligencia que habia reinado antes entre el príncipe y los vasallos habia empezado á desaparecer para dar lugar por una parte á las sospechas y á la desconfianza, y por otra á una altivez y arrogancia que despreciaba la opinion pública. El espíritu rebelde de los estados se habia acrecentado hacia algun tiempo, pues habian desaprobado altamente varias guerras emprendidas por el duque sin necesidad, y las masas numerosas de tropas asalariadas que las daban margen á sospechar si con ellas queria el duque traspasar los límites de su autoridad.

Sin embargo, los felices resultados que el duque habia conseguido en varias ocasiones, no solo difíciles, sino que parecian imposibles; el afecto que inspiraba la noble franqueza de su carácter, el temor que engendraba su natural fogoso, obstinado y temerario, dificil de persuadir é incapaz de oposicion, todas estas cosas cercaban su trono con sombras de un terror mezclado de respeto que aumentaba la adhesion del pueblo ácia la persona del duque y á

la memoria de su padre. Desde luego se habia previsto que las nuevas contribuciones que queria imponer el duque habian de encontrar en los estados una grande oposicion; y así se esperaba con ansia el resultado de sus deliberaciones, tanto por parte de los consejeros de aquel como por el mismo soberano.

Se habrian pasado como diez minutos, cuando el canciller de Borgoña, seguido de su comitiva, entró en la sala. El canciller saludó al príncipe cortesmente, se sentó en su puesto, y todos los demas ocuparon los suyos respectivos. A poco rato el rey de armas, que tambien hacía las funciones de maestro de ceremonias, entró en la sala conduciendo á la diputacion, que se componia de doce individuos, cuatro de cada orden, los cuales estaban encargados de dar al duque la respuesta de aquella asamblea.

Cuando la diputacion entró en la sala, Cárlos, siguiendo la antigua ceremonia, se puso en pie, y quitándose el casco que llevaba adornado de un hermoso penacho, dijo: --Salud y feliz llegada á mis fieles vasallos de los estados. Todos los concurrentes se levantaron y descubrieron siguiendo el mismo ce-

remonial: los diputados incaron una rodilla en tierra, colocándose en tres filas, segun sus clases, y estando mas cerca del trono la mas condecorada.

— Noble duque, dijo el mas respetable de los cuatro diputados primeros, ¿quereis oir la respuesta de vuestros fieles y leales estados de Borgoña por boca de un solo individuo que os hable á nombre de todos, ó quereis que hable uno de cada orden?

— Como gustáreis, contestó el duque.

— En ese caso, contestó el mismo diputado, dirigirán la palabra á vuestra alteza sucesivamente los tres individuos que representan los tres órdenes de los estados; pues, aunque gracias al cielo, ha reinado entre todos el mismo modo de pensar; sin embargo hay razones para hacerlo así.

— Podeis hablar uno despues de otro, contestó el duque, volviendose á cubrir la cabeza, y sentándose al mismo tiempo. Lo mismo hicieron todos aquellos á quienes daba igual derecho la nobleza de su sangre, y un sin número de plumas hondeando en el aire dieron nuevo realce á aquella asamblea magestuosa.

Luego que el duque volvió á tomar asien-

El Duque, moviendo la cabeza con ademan airado, contestó: habéis dicho.



Alejo Ysnaga y Hernandez.

to, la diputacion dejó su postura humilde, y dando un paso adelante el diputado que habia hablado primero, dijo así.

-- Señor: la clase mas distinguida, pero fiel y leal de vuestros estados, ha tomado en consideracion la proposicion que la habeis hecho, de imponer un nuevo tributo al pueblo para poneros en estado de hacer la guerra á los cantones confederados del centro de los Alpes. Esta guerra, señor, nos parece injusta y opresiva por parte de V. A., por lo que no debe esperar felicidad en ella; y así debemos reusarnos á la peticion de V. A.

El duque dirigió una mirada sombría al portador de aquel mensaje, y moviendo la cabeza con ademan airado, contestó: habeis dicho.

Uno de los cuatro nobles que seguian en el orden, llamado Mirebeau, tomó entonces la palabra.

Vuestra alteza ha pedido á su fiel estado noble que consienta en la imposicion de nuevas cargas en toda la Borgoña á fin de poder asalariar nuevas tropas estrangeras para sostener las contiendas del estado. Señor, las espadas de los nobles, de los caballeros y gentiles-hombres borgoñeses han estado siempre á

las ordenes de V. A., así como las de nuestros predecesores se desenvainaron para servir á vuestros antepasados; y nosotros haremos aun mas si lo exije el servicio de nuestro príncipe, fundado en razon y justicia, peleando con un valor mas decidido que todos los mercenarios que pudiérais traer de Alemania, Francia ó Italia; pero no podemos consentir en que se recargue al pueblo con impuestos que han de servir para pagar tropas estrangeras que hayan de llenar los deberes que nos impone el honor, y cuyo privilegio esclusivo nos corresponde de derecho.

-- Habeis dicho señor Mirebeau, fue tambien lo único que respondió el duque, y seguidamente hizo señas á los diputados de tercer órden para que hablasen.

-- Adelantándose entonces uno de ellos, llamado Martin Bloke, dijo.

-- Noble príncipe, nuestros padres han sido vasallos fieles de vuestros predecesores, nosotros lo somos de V. A., y nuestros hijos no lo serán menos del que os suceda; pero en cuanto á la peticion que vuestro canciller nos ha propuesto, no podemos aceptarla, porque jamás nuestros antecesores concedieron cosa igual, ni tampoco les fue propuesta.

El duque Cárlos habia soportado, aunque con impaciencia, los discursos de los dos primeros oradores, pero la contestacion del tercero no le permitió aguantar mas; y así, dejándose llevar de su carácter impetuoso, dió una fuerte patada en el solio que hizo resonar toda la sala, llenando despues de improperios al que acababa de hablar

– Animal, le dijo, ¿has venido aquí para que te oiga rebuznar? Reclame en horabuena el clero y la nobleza sus derechos; pero tú, hombre estúpido, ¿cómo te atreves á hablar así al pie del trono? Sabe, ignorante, que si entraban los toros en los templos era solo para ser sacrificados.

El temor de que el duque se dejase llevar de su cólera, hizo nacer un murmullo en toda la asamblea que manifestaba el descontento general; pero el plebeyo de Dijón, hombre resuelto, contestó atrevidamente: --Señor, nuestros bolsillos nos pertenecen, y jamás los pondremos en manos de V. A. á menos que no sepamos en que se ha de emplear nuestro sudor; por lo demas, nosotros sabemos como hemos de protejer nuestras personas y bienes contra el pillage de los estrangeros.

CAPÍTULO VIII.

Es un estilo cruel, nada cristiano,
Desafiarnos así como paganos.

SHAKSPEARE.

Los diputados suizos, que una hora hacía aguardaban á la puerta, fueron por fin introducidos en la sala: sus toscos vestidos, semejantes á los que usan los pastores y cazadores, hacian un contraste particular con la grandeza de la asamblea, cuyos trages eran todos de ricas telas, adornadas de plata y oro.

Sin embargo, Oxford, que miraba con atencion el aire de sus antiguos compañeros de viage, no pudo menos de notar en cada uno de ellos cierta firmeza de carácter y poco aprecio de la magnificencia que se presentaba á sus ojos. Rodulfo Donnerhugel conservaba siem-

pre su ademan altivo; el abanderado de Berna manifestaba su natural negligencia, y el ciudadano de Soleure, tan serio como nunca, parecia nó hacer caso del esplendor y riqueza que se presentaba á su vista, ni parecia estar abatido por la humildad de su trage: pero el noble Landamman, á quien miraba Oxford con particular atencion, parecia estar oprimido por el convencimiento de la posicion precaria en que se hallaba su paiś. Conoció el conde que el prudente anciano temia, atendido el modo poco decoroso con que habian sido recibidos, que la guerra se haría inevitable, y esto es lo que él mas sentia; pues conocia las fatales consecuencias que aquella habia de acarrear á su pais.

Como Oxford conocia tambien los sentimientos de Arnaldo, le era facil adivinar la causa de su tristeza; no así el diputado Bonstetten, el cual semejante á un fiel alano, que mira con tristeza á su amo aflgido, tenia fija la vista en Arnaldo sin atreverse á juzgar. Algunos de los diputados dirigian una ojeada de tiempo en tiempo á aquel numeroso concurso; pero ni Donerhugel ni el Landamman le querian dispensar esta atencion, pues el indoma-

que sepa V. A. que si como hombres indefensos podemos sucumbir al rigor, no dejamos de tener valientes compratriotas que vengarian nuestra muerte.

Sin duda alguna la respuesta del duque hubiera sido mandar que se arrestase y condujese al cadalso á todos los diputados suizos; pero su canciller, valiéndose del privilegio que le daba su dignidad, se levantó descubriéndose; y saludando al duque con respeto, le pidió permiso para contestar á aquel jóven á quien una arrogancia, fuera de propósito, habia estraviado el asunto principal de la cuestion.

Cárlos, conociendo quizás el esceso de su enojo para poder tomar una determinacion prudente, se reclinó en su sitial con ademan colerico, haciendo señas á su canciller para que hablase.

— Jóven, le dijo aquel oficial de distincion, no habeis comprendido lo que el alto y poderoso príncipe, en cuya presencia os hallais, ha querido deciros. Sean los que fueren los derechos del Austria sobre las ciudades sublevadas que han sacudido el yugo de su legítimo señor, no nos hemos reunido aquí para discutir ese punto; lo que su alteza quiere

que le digais es, ¿por qué al venir aquí como enviados pacíficos para tratar asuntos concernientes á vuestras ciudades y á los súbditos del duque de Borgoña, habeis procedido hostilmente en sus dominios tranquilos, tomando por asalto una plaza fuerte, matando su guarnicion y haciendo ajusticiar á un caballero noble que la gobernaba? Semejantes acciones son contrarias al derecho de las naciones, y ciertamente merecen el castigo conque justamente se os ha amenazado; aunque espero que nuestro amable soberano os librará de él, si os arrepentis de aquel ultrage, ofreciéndole una reparacion conveniente á tal injuria.

-- Noble señor, contestó Rodulfo al canciller, respeto vuestro carácter; pero si hay algun soldado en la asamblea que quiera sostener vuestra acusacion, le desafio á pelear conmigo cuerpo á cuerpo. Nosotros no hemos asaltado la ciudad de la Férette, cuyas puertas nos fueron abiertas con demostraciones de paz; mas luego que estuvimos dentro de la ciudad, los soldados del difunto gobernador nos rodearon, sin duda con el designio de acometernos y darnos la muerte, mientras que nosotros permanecíamos pacíficos. En el mis-

mo momento se sublevaron los habitantes de la ciudad, que fueron ayudados, segun creo, por los vecinos de otra poblacion inmediata, que tambien estaban cansados de sufrir la insolencia y vejaciones del odioso Archibaldo. Ningun socorro les dimos, y es fácil de concebir que no iríamos en favor de los que trataban de asesinarnos; pero ninguna de nuestras espadas, ni el hierro de nuestras lanzas, se ha manchado con la sangre de los borgoñeses. Es cierto que Archibaldo murió en un cadalso, y ciertamente me causó placer el verle pagar sus crímenes; pero su sentencia parece fue pronunciada por un tribunal secreto que ejerce su autoridad en las provincias de Wesfalia, y aun en este lado del Rin. No me meteré en decir si obró bien ó mal aquel tribunal, pero sí aseguraré que el difunto gobernador habia abusado de su autoridad y hostilizado á sus vecinos. Esta es la verdad pura, que sostendré con las armas en la mano contra cualquiera que se atreva á decir lo contrario, y en prueba de ello ahí vá mi guante.

Al decir esto, y con un ademan que manifestaba su firmeza, el arrogante suizo tiró al suelo su guante derecho, al cual, y segun el

espíritu belicoso de aquellos tiempos, se juntaron muchos en pocos momentos, pues los caballeros que se hallaban presentes á esta escena, miraron cómo un deber, y un medio para adquirirse la estimacion de su señor el contestar á aquel desafio. Cada uno de los jóvenes que tiraba su guante, que fueron siete ú ocho, decia su nombre y título al arrojar la prenda del combate.

-- Todos los recojo, dijo el atrevido jóven, cogiendo los guantes á medida que caian en el suelo; y aun falta alguno para que haya tantos como dedos tengo yo. Venid uno despues de otro, pues el combate ha de ser igual, presidido por jueces imparciales á pie, y con espadas de dos manos, que no temo aunque vengan veinte de vosotros.

-- ¡Deteneos, señores, deteneos, yo os lo mando! esclamó el duque, satisfecho del celo que acababan de manifestarle los suyos; y algo tranquilizado por esta fiel accion, no ménos que conmovido por la intrepidéz y valor de aquel jóven campeon, cuyo carácter se asemeja bastante al suyo. -- Rey de armas, continuó, recoge esos guantes, y dáselos á sus dueños respectivos; plegue al cielo que ja-

mas tengamos que esponer la vida del último de nuestros caballeros al furor de un vil aldeano suizo, que jamás ha montado un caballo, ni conoce las costumbres caballerescas y la nobleza de la caballería: y tú, jóven fanfarron, guarda tus brabatas para otra ocasion; pues la única lid que ahora te convendria sería en la plaza de Morimon, con el verdugo por antagonista. Y vosotros, señores, sus compañeros, que á pesar de que os blanquee el cabello, sufrìs que ese jóven atrevido se os anteponga; lo que prueba que entre vosotros no tienen fuerza las leyes de la naturaleza, y que la edad madura se halla postergada á la inesperta juventud, ¿no estais en estado de esplicarme alguno el objeto de vuestra mision en términos conveniente á la dignidad del príncipe que os escucha?

— Noble duque, dijo el Landamman, dando algunos pasos ácia adelante, é imponiendo silencio á Rodulfo, que iba á hablar nuevamente y con mayor enojo.

— No permita el cielo que nos sea negada la facultad de espresarnos de un modo conveniente delante de vuestra alteza, puesto que como lo espero, no hemos de hablar sino ver-

dad, paz y justicia. Si la humildad puede hacer que V. A. nos escuche benignamente, estoy pronto á humillarme antes que consentir que V. A. se niegue á escucharnos. Puedo tambien decir, que aunque por libre eleccion, he vivido y pienso morir como simple habitante de los Alpes; sin embargo, mi nacimiento me dá derecho para hablar en presencia de duques y de reyes, y aun del mismo emperador; pues no hay, señor, en toda la asamblea hombre que traiga su orígen de linage mas esclarecido que lo es la casa de Geierstein.

-- Hemos oido hablar de vos, dijo el duque, y creo os llaman el conde aldeano, siendo lo que mas debe avergonzaros vuestro ilustre nacimiento.

-- Nada avergüenza, señor, al hombre virtuoso que como yo ha eligido vivir tranquilamente, ni esto me impedirá el que desempeñe con calma el encargo de mi pais. Los habitantes de las estériles montañas de los Alpes desean, señor, vivir en paz con todos sus vecinos, gobernándose por sus leyes y costumbres, y dejando á cada pais en la libertad de hacer lo mismo. Desean principalmente permanecer en buena amistad con la ilustre casa de Borgo-

ña, cuyos dominios tocan en tantos puntos á nuestras posesiones. Lo desean, señor, os lo ruegan, y aun se humillan á suplicároslo. Nos motejan de insociales y obstinados, y dicen que despreciamos con insolencia toda autoridad, llamándonos sediciosos y rebeldes; pero en contradicion, yo, señor, que jamás me he arrodillado sino para impetrar las gracias del Altísimo, estoy pronto á doblar mi rodilla ante el trono de V. A. como soberano que tiene derecho de exigir el homenage de sus vasallos, como un deber, y el respeto de los estrangeros, como un acto de urbanidad. Jamás me impedirá un vano orgullo, añadió el anciano, con los ojos bañados en lágrimas, y doblando su rodilla: jamás me costará trabajo el humillarme personalmente cuando se trata de la paz, la venturosa paz tan amada de Dios, y cuyo valor no tiene precio, máxime si corre riesgo de ser turbada.

Toda la asamblea, y aun el mismo, duque se conmovieron viendo el modo noble y magestuoso conque el respetable anciano fijó la rodilla en tierra, sin que pareciese escitado por el temor ó la bajeza.

-- Alzad del suelo, señor Landamman, dijo

el duque; y si hemos podido decir alguna espresion que haya herido vuestra sensibilidad, nos retratamos de ella, tan públicamente como ha sido la ofensa; y estamos prontos á oiros como un enviado de buenas intenciones.

-- Os doy gracias, noble príncipe, y éste dia será para mí de felicidad si puedo hallar espresiones dignas de la causa que debo defender. Señor, una nota que ha sido entregada en manos de V. A., contiene la enumeracion de los muchos perjuicios que hemos sufrido por parte de vuestros oficiales y del conde de Saboya, aliado vuestro, y que segun creemos, ha obrado, fiado en vuestra proteccion, aunque ya ha visto con quién tenia que habérselas; pero nosotros no hemos tomado aun represalias por las injurias, afrentas y perjuicios que ha sufrido nuestro comercio, y de que debemos hacer cargo á los que prevalidos de vuestra autoridad han detenido á nuestros compatriotas en sus viages pacíficos, robándoles sus géneros, poniéndoles en prisiones, y aun algunas veces condenándolos á muerte. En cuanto al suceso de la Férette, puedo atestiguar lo que he visto, y digo que ni dimos lugar, ni tomamos parte en aquel suceso. Mas como la

repeticion de aquellas injurias haya de escitar precisamente el enojo de nuestros conciudadanos: ¿qué vendrá á resultar, si V. A. no escucha las proposiciones de que estoy encargado? La guerra indudablemente, una guerra esterminadora; pues si una vez se empieza la fatal lucha, habrá guerra entre los estados poderosos y ricos de V. A., y nuestros pobres y estériles cantones interin exista un hombre en la confederacion que pueda manejar la espada. ¿Y qué ganancia sacará el noble duque de Borgoña de una lucha semejante? Si es la esperanza de las riquezas, señor, mas oro y plata tienen las bridas de los caballos que sirven á vuestra alteza que el tesoro público y todas las riquezas de los individuos que componen nuestra confederacion. ¿Aspira V. A. á la gloria, o a la fama? pues poco honor podrá conseguirse atacando á unos hombres mal armados y peor disciplinados con un ejército de soldados aguerridos cubiertos de armas y de hierro: pero si por un efecto de casualidad, si por la confianza que en la memoria de los sucesos pasados forman nuestros conciudadanos, o ultimamente, si porque Dios lo quiera, nuestras armas saliesen victoriosas, dejo á la penetracion

de V. A. la disfama que esto traeria á vuestros ejércitos. ¿Deseais tener mas vasallos, posesiones mas estensas, haciendo la guerra á vuestros vecinos de las montañas? pues sabed que si el cielo dispusiese que os apoderaseis de nuestras montañas escarpadas, á ejemplo de nuestrros antecesores, nos retiraríamos á otras soledades mas incultas y lejanas; y si esto aun no bastase, agotadas que fuesen uuestras fuerzas, nos precipitaríamos en las neveras que la naturaleza ha fijado en nuestro suelo. Sí, hombres, mugeres y niños, todos pereceríamos antes que sucumbir bajo el dominio estrangero.

El discurso del Landamman hizo un efecto visible en todos los ánimos; tanto, que lo llegó á observar el duque; pero su obstinacion natural, en vez de aplacarse, se irritó mas; y así, siguiendo aquel mal principio tan arraigado en él, interrumpió al anciano, que se preparaba á seguir.

-- Partís de un principio falso, señor conde, Landamman, ó como os llameis, le dijo, si creeis que el interes ó la gloria nos estimulan á haceros la guerra. Sabemos, y escusais decirlo, que de venceros no puede resultar ni honor

ni provecho; pero á nosotros los soberanos toca destruir los hombres malvados, aun cuando tengamos que avergonzarnos de medir con ellos nuestro acero, y es bien sabido que á los animales dañinos se les persigue, aunque no valgan cosa alguna sus carnes ni sus pieles.

El Landamman, sin irritarse, antes con cierta sonrisa y moviendo la cabeza, contestó:» --Soy cazador algo mas viejo que V. A., señor., y quizás tendré mas esperiencia que vos; el cazador mas atrevido jamás ataca á las fieras cuando están en su madriguera; ya os he manifestado, señor, lo que podriais ganar, y cuánto os esponeis á perder, á pesar de vuestro poder, si aventurais una guerra contra hombres desesperados, permitidme que os diga ahora lo que estamos prontos á hacer, para que se establezca entre nosotros una paz sincera y durable. V. A. se halla ocupado en la conquista de la Lorena; y es muy probable que un príncipe tan emprendedor como vos quiera llevar sus límites hasta la costa del mediterráneo; pues bien, seamos amigos, y entonces nuestras montañas defendidas por hombres valientes y acostumbrados á vencer, os servirán de baluartes contra la Alemania y la Italia:

por respetos vuestros haremos la paz con el conde de Saboya, y le devolveremos cuánto le hayamos conquistado, bajo las condiciones que V. A. juzgue convenientes. Callaremos nuestros pasados agravios, y no nos quejaremos de las vejaciones que nos han hecho sufrir vuestros oficiales y gobernadores, con tal que se nos asegure que no volverán á repetirse semejantes actos de agresion; por último, y esto es lo que más me glorío de ofreceros, tres mil robustos jóvenes de nuestro pais vendrán á servir bajo vuestras órdenes, y os ayudarán en vuestras conquistas; semejantes soldados, bien diferentes de los alemanes é italianos que tiene V. A. asalariados, perderán mil vidas que tuvieren antes que dejar de ser fieles á su señor.

Un hombre alto y grueso, de atezado semblante, y ricamente armado, se levantó de su asiento como impelido por un movimiento involuntario. Este era el conde de Campo-Basso, general en gefe de las tropas italianas que servian á Cárlos, segun hemos dicho ya, el cual disfrutaba cerca del duque una influencia que debia á la destreza con que sabia atemperarse á la opinion de su amo; prestándole proyec-

tos especiosos que justificasen su escesiva terquedad.

— V. A., dijo, me perdonará si tomo la palabra para defender mi honor y el de mis soldados, que abandonando su patria han venido á pelear á mis órdenes en favor del príncipe mas valiente de toda la Europa. Sin duda alguna que hubiera oido sin enojo á ese miserable aldeano, cuyo lenguage atrevido no hubiera hecho mas impresion en mí que los ladridos de un perrillo; pero cuando le oigo proponer que se unan á las tropas disciplinadas de V. A. esas bandas de miserables montañeses, debo hacerle entender que el último soldado de mis filas tendria á menos el combatir á su lado; y aun yo mismo, apesar de los lazos de gratitud que deben obligarme, no sé si permaneceria en vuestro campo: arrollaria sí mi estandarte, y conduciria mis cinco mil guerreros, no á servir á otro príncipe mas noble que V. A., pues no puede haberle en el universo, sino á pelear donde no tuviésemos semejantes compañeros.

— Callad, Campo-Basso, dijo el duque, y estad seguro de que servis á un príncipe que conoce demasiado vuestros méritos para des-

echar servicios que siempre ha apreciado, y para admitir, en vez de ellos, socorros inciertos de gentes poco seguras.

Volviéndose entonces ácia Arnaldo Biederman, le dijo en tono frio y severo.

— Señor Landamman, os hemos escuchado con calma, aun que todavía teneis manchadas las manos con la sangre noble de nuestro fiel servidor Archibaldo, pues aun suponiendo que fuese asesinado por órden de una infame asociacion, que, ¡vive Dios! jamás levantará su cabeza venenosa en este lado del Rin; sin embargo, no es menos cierto, ni vosotros habeis tratado de ocultarlo, que habeis presenciado aquel crímen, teniendo las armas en la mano y sirviendo vuestra presencia para animar á los asesinos. Volved á vuestras montañas, y dad gracias al cielo de poderlo hacer con vida: decid á los que os han enviado que en breve estaré en sus fronteras, donde deberá presentárseme una diputacion compuesta de los principales habitantes del pais; los cuales, llevando una cuerda rodeada al cuello, una antorcha en la mano izquierda, y una espada agarrada por la punta en la derecha, sabrán bajo qué condiciones os concederemos la paz.

-- ¡A Dios, paz en ese caso, dijo el Landamman, y sea nuestra salud la guerra! y ojala caigan todos sus desastres y ruinas sobre los que prefieren á una union pacífica el estrago de la lucha. Nos hallareis sí, en nuestras fronteras con la espada en la mano, pero será empuñándola, no teniéndola por la punta, como injustamente pretendeis. Cárlos, duque de Borgoña, de Flandes y de Lorena, siete veces duque, y señor de diez y siete condados, yo os desafio y os declaro la guerra en nombre de los cantones confederados, y otros que se unirán á la liga. Esta es el acta de semejante declaracion.

El rey de armas tomó de manos del Landamman el escrito fatal; pero cuando se preparaba á leerlo, le dijo el duque con la mayor fiereza.

-- No leas eso, y haz que el verdugo atando ese escrito á la cola de un caballo, lo arrastre por todo Dijón, clavándolo despues en la horca, para que todos vean el caso que hacemos de él, así como de los que le han enviado: y vosotros, señores, dijo á los suizos, podeis retiráros á vuestras montañas, pero que sea con ligereza: cuando nos volvamos á ver conocereis mejor á quien habeis ofendido. Está con-

cluida la corte; que preparen mi caballo.

Mientras que los individuos de la asamblea se disponian á salir del salon, el corregidor, acercándose de nuevo al duque con esperanza de merecer mejor acogimiento que la vez primera, le dijo con timidéz que esperaba se sirviese aceptar una comida que el cuerpo municipal habia dispuesto para obsequiar á su alteza.

¡No, por Dios santo! prorrumpió el duque, echándole una mirada terrible con que solia espresar su indignacion y desprecio. El almuerzo que hemos tenido nos ha sido bastante desagradable para que podamos esperar buena comida en nuestra honrada ciudad de Dijón; y diciendo esto le volvió la espalda, yendo á tomar su caballo.

Durante el camino para restituirse al campo, fue siempre el duque hablando vivamente con el conde de Campo-Basso.

Luego que Oxford y Colvin llegaron á su tienda, dijo este á aquel: Milord, de buena gana haría que os sirviesen la comida, sino previese que el duque no tardará en llamaros; pues cuando Cárlos ha tomado un partido malo, no sosiega ni descansa hasta que ha oido á sus

amigos y consejeros, y les ha hecho entender que ha obrado con razon.

Efectivamente, no tardaron en realizarse las sopechas de Colvin, pues al momento llegó un page á advertir á Philipson que su amo le aguardaba.

Las primeras palabras de Cárlos fueron multiplicadas invectivas contra sus estados ducales por haberle negado en circunstancias tan críticas la pequeña retribucion que les habia pedido: habló largamente despues de la necesidad en que creía hallarse de castigar el atrevimiento de los suizos; añadiendo por ultimo:-Tú, tambien, Oxford, eres un loco impaciente, queriendo que yo me empeñe en una guerra lejana contra la Inglaterra, y que embarque mis tropas, cuando debo castigar en mi misma casa á esos insolentes amotinados.

Luego que hubo acabado de hablar, el conde le representó con no menos fuerza que respeto, los riesgos á que tal vez se esponia, atacando á un pueblo, que aunque verdaderamente pobre, era en general temido por su valor y disciplina, máxime á la vista del rey de Francia, su peligroso rival, el cual no dejaria de ayudar cautelosamente, cuando abiertamente

no se uniese á ellos, es decir, á los enemigos del duque: pero Cárlos se mantuvo inexorable.

-- No se ha de decir jamás, prorrumpió arrebatado, que he hecho amenazas sin atreverme á ejecutarlas. Esos aldeanos me han declarado la guerra, y es preciso que aprendan á conocer al príncipe, cuyo enojo han provocado: no es esto decir que renuncie á tu proyecto. Si tú me proporcionas la cesion de la Provenza, y haces que René abandone la causa de mi nieto Ferrando, tal vez le daré un buen socorro contra mi hermano Blakburn, el cual mientras se emborracha en Francia podrá muy bien perder sus dominios en Inglaterra; pero no te impacientes, si no hago embarcar mis tropas al instante. La marcha que voy á emprender sobre Neufchatél, que me parece el punto mas cercano para encontrar á esos montañeses, solo será obra de una mañana; y espero, mi antiguo camarada, que nos acompañareis en esta espedicion. Me alegraré mucho de ver si vuestra mansion en aquellas montañas no os ha hecho olvidar el modo de manejar un caballo y enristrar una lanza.

-- Cumpliendo mi deber seguiré á V. A á donde quiera que vaya; pero de ningun modo

haré armas contra los habitantes de Elvecia, que tan caritativamente me han tratado, á no ser que lo exija mi seguridad personal.

-- Enhorabuena, tendremos en vos un juez escelente que nos diga quién cumple mejor su deber contra los rústicos montañeses. En el momento entró precipitadamente en la estancia el canciller de Borgoña, diciendo al duque.

-- Señor, os traigo noticias de Francia y de Inglaterra; pero como reparase en el estrangero, se quedó como indeciso.

-- Proseguid, le dijo el duque; pues es un amigo de confianza.

-- En breve se hará público lo que tengo que decir, prosiguió el canciller. Luis y Eduardo se han puesto de acuerdo.

Al oir esto, Cárlos y Oxford se estremecieron.

-- Ya lo esperaba yo, dijo el duque; pero no creí que fuese tan pronto.

-- Los dos monarcas se han encontrado, prosiguió el ministro.

- ¡Cómo! dijo Oxford ¿en el campo de batalla?

El canciller pareció sorprenderse, pero el duque, con serenidad, le contestó: - No, señor estrangero, no ha sido en campo de batalla,

sino en una entrevista amistosa; y en verdad que me hubiera alegrado de ver semejante lance: ¿Y á dónde se ha verificado?

-Sobre el puente del sena que hay en Peguigni.

-- Que me alegrara que hubieras estado allí, dijo el duque, volviendose ácia Oxford, para que hubieses dado un buen hachazo en favor de Inglaterra y otro por la Borgoña. Cavalmente en un caso igual fue como mi abuelo murió traidoramente asesinado en el puente de Montereau sobre Yona (1).

-- Para evitar un lance tan funesto, continuó el ministro, se habia formado en medio del puente una fuerte barrera que permitia verse, pero sin poderse tocar.

-- ¡Ah! ¡ah! prorrumpio el duque, ¿qué cosa tan graciosa? ¿pero en qué han quedado? ¿dónde vá á pasar el invierno el ejército inglés? ¿Qué ciudades ó que plazas fuertes dá Luis á Eduardo en prendas ó para siempre?

-- Nada le dá, señor, contestó el ministro. La armada inglesa volverá á Inglaterra al momento que reuna los buques indispensables;

---

(1) Rio del ducado de Borgoña.

para lo cual, y con el fin de que desocupen cuanto antes la Francia, le prestará Luis hasta la última vela de su reino. –¿Y por qué medios ha conseguido Luis una paz tan indispensable á sus intereses?

–– Con buenas palabras, algunos regalos, y con el auxilio de quinientas pipas de vino, contestó el canciller.

–– ¿De vino? se puede dar cosa igual. Señor Philipson, vuestros compatriotas se parecen á Esaú, que vendió su derecho de primogenitura por un plato de lentejas: en efecto, jamas he visto inglés alguno que no quiera concluir un contrato bebiendo un trago.

–– Tengo dificultad en creer semejante noticia, dijo el conde de Oxford, pues aun cuando Eduardo consintiese en volver á pasar el mar con sus cincuenta mil ingleses, no faltan en su campo nobles arrogantes y soldados valerosos, quese opusiesen á tan vergonzoso proyecto.

–– El oro de Luis, contestó el ministro, ha encontrado manos, que aunque nobles, no han tenido dificultad en recogerle, y el buen vino de Francia ha inundado todos los gaznates de los soldados ingleses: el desórden ha sido escesivo, de modo que la ciudad de Meicns, don-

de residia el mismo Luis, llegó á verse de tal modo inundada de soldados ingleses, los mas de ellos embriagados, que se ha visto comprometida la seguridad personal del rey de Francia. Los ingleses que quieren conservar una apariencia de dignidad, dicen que habiendo venido á Francia fiados en la promesa del duque de Borgoña, que habia ofrecido obrar con ellos de acuerdo; y habiendo faltado este príncipe á su palabra, no les queda otro recurso, atendido lo adelantado de la estacion y la dificultad de encontrar cuarteles de invierno, que retirarse á su pais despues de haber pagado un tributo la Francia . . . .

– ¿Y dejando á Luis, continuó Oxford, la entera libertad de atacar á la Borgoña con todas sus fuerzas?

– Nada de eso, señor Philipson, replicó el duque; pues existe una tregua de siete años entre la Francia y la Borgoña, y si no hubiera sido por este convenio, quizás no se habria verificado el tratado concluido entre Luis y Eduardo. Canciller, podeis retiraos, pero no os alejeis, pues quizás volveré á llamaros.

Luego que el ministro salió del pabellon, el duque, cuyo carácter era sumamente franco, al

paso que imperioso, se adelantó ácia el inglés, que semejante á un hombre que ha visto no lejos de sí al rayo, habia quedado absorto, y le dijo:

-- Querido Oxford, esta noticia ha producido en tí un efecto fatal; pues conoces cuán poco útil sea á la justa causa que se alimenta en tu leal corazon· yo hubiera querido, por amor tuyo, haber podido detener por mas tiempo en Francia á la armada inglesa, pero á Dios mi tregua con Luis, si lo hubiese intentado, y por consecuencia hubiera sido infructuosa mi deliberacion de castigar á los cantones rebeldes; y de enviar una espedicion á tu pais: en semejantes circunstancias, quiero que me concedas una semana de término para castigar á esos montañeses, que despues yo te daré mas número de gente que el qué necesitas para tu empresa: entretanto cuidaré de que Blakburn y sus primos no encuentren un solo bagel en todo Flandes. Animo, y no hay que desmayar, pues vuelvo á decirte que cuentes con mi asistencia, que antes que ellos has de estar tú en Inglaterra; se entiende, efectuada que sea la cesion de la Provenza. Los diamantes de Margarita será bueno que se queden en nuestro poder por algun tiempo, y quizas, acompañados

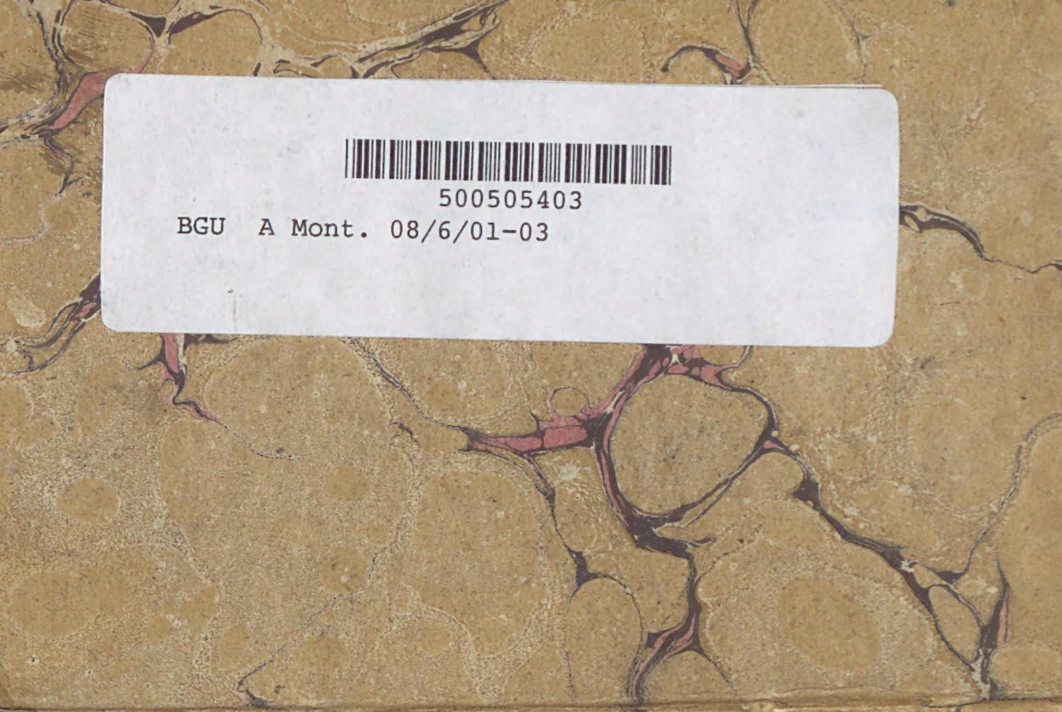
de otros, servirán para que salgan á relucir las piezas de oro que tienen guardadas los usureros flamencos, los cuales no prestan, ni á su mismo rey, como no sea sobre alhajas y con mucha seguridad. ¡Ah! señor, contestó el inglés lleno de pesar: sería un ingrato si me atreviese á dudar de las sinceras promesas que me hace V. A.; pero, ¡quién se atreve á contar con las mudanzas de la guerra, principalmente cuando las circunstancias exigen celeridad! vuestra bondad me ha dispensado alguna confianza, hacedla señor mas estensiva; permitidme que monte á caballo, y que salga á encontrar al Landamman, con quien no dudo hacer un convenio que asegure vuestras fronteras por Este y Mediodia; entonces podreis poner en práctica, sin peligro, vuestros proyectos respecto á la Provenza y á la Lorena.
— No me hableis de eso, prorrumpió el duque con viveza; olvidais quien soy, y os olvidais á vos mismo, suponiendo que un príncipe pueda revocar la palabra que ha dado á su pueblo. No desespereis, pues os hemos de ayudar; pero queda á nuestro juicio cuándo y cómo debemos hacerlo, y como que nos interesamos en las desgracias de nuestra prima Marga-

rita de Anjou, no haremos que espereis largo tiempo. Nuestro ejército tiene orden de marchar esta noche sobre Neufchatel, para enseñar á esos orgullosos suizos lo que han ganado con provocar al fuego y al hierro.

Oxford, oyendo esto, dió un profundo suspiro; pero se abstuvo de toda reflexion, pues conoció que no habia de adelantar nada; y así, se retiró con el mayor silencio á su tienda, donde encontró a Colvin ocupado en dar las órdenes para la marcha del tren que estaba á su cargo, cuya operacion era entonces muy penosa en atencion á la mala construccion de las cureñas, y á la dificultad de los caminos.

Luego que le vió el general, le saludó con el mayor afecto, diciéndole lo mucho que se alegraba de que los hubiese de acompañar en aquella espedicion; y al mismo tiempo le informó de la orden especial que habia recibido del duque para que le proporcionase cuantas comodidades fuesen posibles durante la marcha, aunque de modo que siempre conservase su carácter de incógnito.




500505403
BGU A Mont. 08/6/01-03


CARLOS
EL
EMERA
4


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm